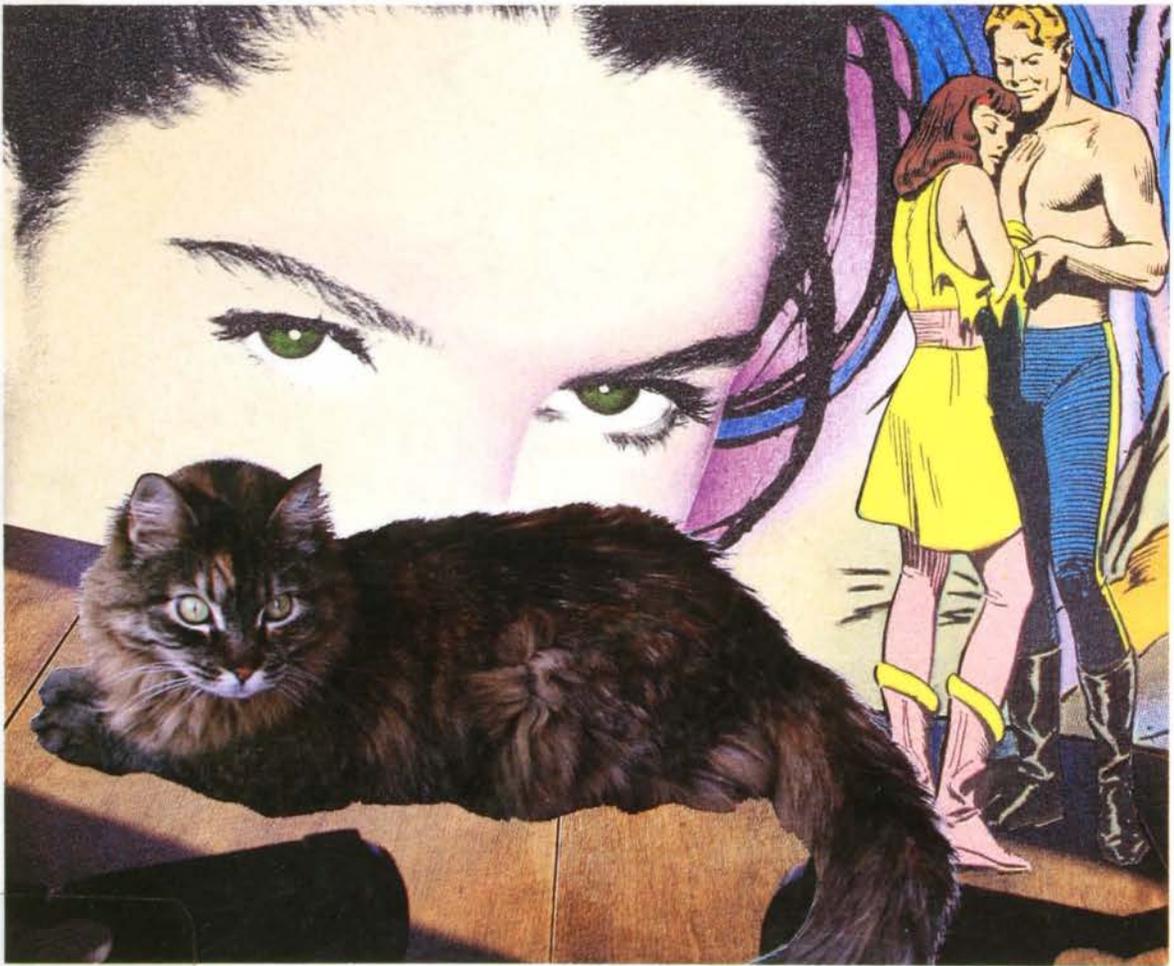


ALEJANDRO SIEVEKING

La señorita Kitty



PLANETA BIBLIOTECA DEL SUR

DE CHILE

37)

a 1

NAL

Fotografía: Bartolo Ortiz



ALEJANDRO SIEVEKING nació en Rengo en 1934. Estudió inicialmente Arquitectura en la Universidad de Chile, pero se trasladó muy luego a la Escuela de Teatro, de donde egresó como actor. A partir de ese instante, inició en la actividad teatral una larga carrera, una de las más brillantes y significativas de la escena nacional. Como actor y director, pero sobre todo como dramaturgo.

Ha estrenado una treintena de obras dramáticas. Entre las más destacadas están: *Parecido a la felicidad* (Premio Municipal), *Animas de día claro* (Laurel de Oro), *La remolienda*, *Tres tristes tigres* (dio origen a una versión cinematográfica dirigida por Raúl Ruiz), *La mantis religiosa*, *La Virgen de la manito cerrada* (Premio de la Crítica), *Cama de batalla*, *Pequeños animales abatidos*

La señorita Kitty



ALEJANDRO SIEVEKING

La señorita Kitty



PLANETA
Biblioteca del Sur

130349

© Alejandro Sieveking

Inscripción N° 89.975

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo

© Editorial Planeta Chilena S.A.

Olivares 1229, 4° piso, Santiago (Chile)

© Grupo Editorial Planeta

ISBN 956-247-120-3

Diseño de interiores: Patricio Andrade

Portada de José Bórquez

Composición: Omar Salinas

Primera edición: setiembre 1994

Impreso en Chile por

Alfabetá

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

*Para mi hermano Enrique,
que se acostumbró a trabajar
de salvavidas desde niño*

UNO

NO LE TEMAS a la muerte, mi amor. Yo te cuidaré.

Tú no sabes lo que es eso. Ni lo sabrás. Es sólo un cansancio mayor.

Estaré contigo, cuando ocurra, no como con los otros, que los abandoné. No quise verlos morir. Sí, fue cobardía.

Soy una mujer cobarde.

Dos

DESPUÉS DE TANTOS años empezó a distanciarse. No se me ocurrió inmediatamente que estuviera enamorada de otro. Nuestra vida juntos había sido amable. Y habíamos jurado no mentirnos, ser muy civilizados en caso de que uno se cansara del otro, que si el amor no dura es porque es lo natural, que el engaño era lo peor desde cualquier punto de vista. No era cinismo ni libertinaje, todo lo contrario. El resto de las mujeres me parecía de plástico, aunque, en ciertos momentos, claro, uno no es de piedra ni de corcho, es de carne latiente, hay pensamientos inevitables: ¿cómo será ésta en la cama? ¡Qué ganas de apretarle las pechugas! No estaría mal un ajuste de cuentas con esta tonta.

Cosas inocentes. Porque entre pensar algo y concretarlo hay invitaciones a tomarse un trago, conversaciones largas, oír la historia de su vida, es de Antofagasta y tiene una familia

enorme, por poner un ejemplo, siempre la culpa de todo la tiene el padre, la madre es una santa, una víctima, siempre, la mala suerte que ha tenido con los hombres, su marido, especialmente, que es un bodrio a la hora del asalto y un posme en los momentos claves, tú me entiendes, los problemas laborales, las mujeres no son consideradas iguales a los hombres, la novedad, menos mal, más bien. Inseguridad absoluta, carreras a deshora para ir a un motel aséptico, en lugar de asistir a una reunión de profesores, y tener que mentir, sentirse un delincuente.

No, una lata. La angustia voluntaria es la estupidez en su grado extremo. Y nadie es mejor que la Meche.

La Mercedes es de Talca, una ciudad antigua que no arriba a tomar el rumbo de otras mucho más nuevas, florecientes, porque es muy campesina, porque no tiene mar, porque no tiene gloria, porque está en medio de todo y no le toca nada. Está junto al río Claro y se comen ancas de rana, que son una delicia, entre otras cosas, pejerreyes, pecho de ternera, guindado, tremendas comilonas, como de otros tiempos mucho más sentimentales y, desde luego, prósperos. Talca, París y Londres, se decía, con una ingenuidad abismante. Los de Talca son talquinos, y ésa es una marca en la piel que no se borra, hasta las manchas de los jaguares son

más transitorias, creen que, algún día, sí, creen que ese río y esos cerros serán el centro del mundo o algo parecido, fantasioso.

Pero los talquinos se van, casi siempre, lejos, y casi siempre vuelven. Algo los llama porque nada es como Talca, y lo que Talca tiene es sólo que es la cuna, una paz que circula por las calles, los pasteles de la Margarita, las camelias, los camelios, la piscina del Estadio, los veranos terribles, la juventud perdida.

Cuando la Mercedes se va a Talca, a sus reencuentros nostálgicos, yo tiemblo. Es que hay problemas. Ella se refugia entre los escombros familiares para hacer una nueva lista de sus muertos. Y, cuando vuelve a Santiago, trae una seguridad misteriosa, algo que saca del centro de esas casas viejas, algo que no tengo, que tampoco comparte, aunque quiere, yo sé que quiere, que trata, pero que es de ella sola.

Está allá en este momento, en el entierro de una tía en segundo grado, o sea: una prima de su padre. La difunta era allegada, pobre hasta lo indecible, incapaz de ganar un centavo, ni siquiera mendigando, una mujer tonta e inútil, rastrera insoportable, vivía de la limosna de la familia de la Meche en una pieza junto al último patio, frente a la bodega donde se guardan la leña, el carbón, los barriles de aceitunas. Nunca lavó una taza, no sabía tomar una aguja, ni si-

quiera una escoba, estaba arrumbada junto a muebles desarmados y era un cachivache más, un oscuro sillón ambulatorio. La presentaban, cuando aparecía, como disculpándose por tener esta sombra incómoda, supernumeraria. Pero la Meche fue a su entierro con un traje de luto riguroso.

No hay que ser muy inteligente para pensar que fue un pretexto para estar lejos de mí por unos días, aspirando los aires libertarios.

Mientras tanto yo quedo librado a mi destino.

El departamento, sin ella, aunque no es tan grande, es un pantano, con silencios que darían miedo, rumas de libros que parecen hasta peligrosos, retratos de gente viva con cara de difuntos. Sería un lugar demasiado vacío e inquietante, como cubierto por una capa de polvo, si no fuera por la señorita Kitty.

La señorita Kitty, que ha alcanzado sus límites máximos de gordura, entra lanzándome una de sus miradas especiales, entre erótica y distraída, me quieres todavía, claro que me quieres, yo soy irresistible, se tiende en el medio de la alfombra, no vienes hacia mí, no voy a estar echada aquí toda la tarde, yo me dejo arrastrar por

su llamado, me inclino sobre ella, le acaricio los pezones, ella cierra los ojos, incrusta las uñas en la alfombra al estirar las patas y se pone de espaldas, con la cola extendida, y exhibe orgullosa y entregada su voluminosa panza de juguete.

Fue un regalo de matrimonio. Todo el mundo sabía que la Mercedes quería tener uno de esos bichos. Y César la trajo al departamento y la lanzó a caminar por la alfombra, en medio de los invitados. Todos gritamos porque nos pareció demasiado hermosa, un pelota de pelo a cuerda, con ojos brillantes y la cola diminuta izada como una banderola. Se apropió de la alfombra, de la fiesta, de la casa y de sus dueños. Pero era muda. Ni siquiera ronroneaba.

La Mercedes tenía una fijación con ellos por una razón muy simple. Su inmensa abuela, catalana, señora de piernas descomunales a causa de la flebitis que le había provocado el tener tantos hijos, creo que dijeron catorce, pero puedo equivocarme, tenía una gris, la Minetta, lánguida y todopoderosa. Se instalaba en la falda de color café carmelita de su dueña y presidía el mundo con mirada comprensiva, amable, producto de su total felicidad. Tenía amores, hijos, estaba protegida. Y nadie le tenía celos, ni ella tampoco los tenía. Era evidente que su ausencia se notaba y que su presencia tranquilizaba a la familia. Y la palabra puta, que le aplicaban los

tíos, cuando reaparecía después de un par de trasnochadas, era un piropo, un ruego que decía: por favor, sigue siendo una puta, que te viene.

La Mercedes no las vio morir, en ese tiempo estudiaba en Santiago. De repente no estaban. La enorme abuela con sus zapatillas de tela, sin tacos, y el traje carmelita de su manda, se fue al otro mundo con su gata en brazos, una sola la fidelísima señora y la putísima regalona. En el entierro, que fue bajo truenos y relámpagos y remolinos de agua y viento, todos lloraron de pena y frío y miedo al mismo tiempo. Nadie se acordó de la Minetta hasta el día siguiente, nunca más volvió a aparecer. Pero la imagen que brotaba del recuerdo era fuerte, la de la serenidad. Así lo creía la Mercedes: una mujer con una gata en el regazo, está a salvo de las jugarretas de la suerte.

Desapareció la pareja y vino la desgracia, el desfile de entierros. La casa de tres patios empezó a despoblarse, las piezas se cerraban en cuanto se repartían las pobres pertenencias de mujeres sin lujo, de tíos con bastones, olvidados por sus hijos. Sólo la vieja inútil de la pieza del fondo se había mantenido idéntica de aspecto y de pobreza.

La casa pasó a las manos blandas de doña Maruja, que la inundó con su criadero de ga-

llinas, sus barriles de aceitunas en salmuera, las arriesgadas cosechas de camelias y otras desesperadas industrias caseras que le producían pérdidas continuas. En algunas piezas vegetaban otras tías, jubiladas del banco, esperando su turno y jugando a la brisca con naipes tan antiguos que las figuras sólo podían descifrarse con ayuda de una lupa. Allá se iba la Meche, a esa casa de la calle Dos Poniente, llena de fantasmas y gallinas, el colmo de lo triste.

Yo la había visto varias veces esperando micro en la esquina de Merced con el cerro Santa Lucía, con un blazer negro y bluyines; me había recordado a una actriz brasileña, no me acuerdo el nombre, muy famosa, aunque no tan bonita, pero el pelo largo castaño, algo crespo, a la que te criaste, decidida, ya venía de vuelta, lo más lejos que puede haber de una niña indecisa. Una vez yo iba en taxi y el taxi se paró un momento frente a ella, estaba sin cartera, con las manos en los bolsillos, y nos quedamos mirando hasta que el taxi me llevó a otros brazos.

Nos conocimos en una fiesta horrible de aburrida, en que todos tratábamos de elevarnos a punta de pitos, sin lograrlo, una mala cosecha, el que se volaba medio metro sobre el suelo caía

al subterráneo de inmediato. Traté de compensarlo con un pisco reguleque y conseguí afirmarme. La Mercedes andaba con el blazer de siempre y los mismos bluyines y con un tipo que hablaba de edificios para poblaciones y clamaba a los cielos por justicia y equilibrio y esas cosas ingenuas que se decían en los años en que vivíamos con toque de queda y toques de todos los tipos que estuvieran al alcance. La Mercedes trataba de cambiar el tema, que no le interesaba a nadie, y le insistió en que era hora de irse. Al urbanista la pasión le tapó los oídos y siguió alegando en contra del uso ilegal de malos materiales y en contra de los contratistas corruptos y ladrones.

El pobre hombre se quedó sin oyentes y, además, sin pareja.

—¿Quieres tomar un poco de aire? —le dije. Ella quería.

Eso fue en mil novecientos setenta y nueve, justo un año después de que salí de la cárcel. Había caído por hocicón, por pavonearme de haber escondido a un amigo mirista ante un grupo que juraba que ya no se podía ser tan de izquierda como ellos. Yo, el güeveta, mordí el anzuelo. No es que fuera el portador de las ban-

deras, pero me la jugaba por los amigos. Falta de seriedad o conocimientos. Y petulancia: yo también soy un héroe. No era nada. Un cabro joven, estudiante de pedagogía en castellano, con ideas utópicas y confusas.

Entre los presos corría la historia del tipo medio sordo al que le aplicaron electricidad en los oídos, entre otras partes, y recuperó la audición totalmente. No sé si era un chiste o si había ocurrido en realidad, pero en esos meses en que estuve encerrado, por lo menos descubrí que era capaz de reírme de mis propias desgracias, que podía sacarle partido a esa experiencia, que tenía que superar mis defectos hasta donde fuera posible y que ése era el mejor momento para intentarlo. Me puse a estudiar en serio. No digamos que tuve un éxito del cien por ciento, pero no estuve del todo mal.

Lo que fue feo es que, por un tiempo, usé la aureola de mártir que les correspondía a muchos otros antes que a mí. A todos antes que a mí.

Fue una reacción instintiva de defensa propia. Me regaloneaban y yo, con una remota hipocresía, rechazaba los homenajes a mi valor. El valor era algo que había aprendido de los que tenían verdaderos ideales y que, a causa de ellos, habían terminado muertos o exiliados. Yo era una presa menor y como eso fui tratado. No

quiero dárme las de nada, excepto de sincero. Uno no se pone a hablar de estas cosas, a menos que tenga clara la película, eso es lo mínimo. Me dieron una ayudantía en el Pedagógico y de ahí salté a profesor en dos universidades privadas, cuando éstas empezaron a aparecer.

Autocrítica aparte, estaba mejor preparado que la mayoría, ahora que le había tomado el gusto al estudio, más vale tarde. Esta última etapa del proceso la viví junto a la Mercedes.

—¿A ti te gustan los gatos? —fue su respuesta a la pregunta de si quería conocer el minidepartamento en que vivía yo, en ese momento. Me quedé pensando. Los gatos.

—¿Son esos que dicen miau? —me hice el gracioso. Ella no le encontró ninguna gracia, así es que traté de acordarme en serio de algún gato conocido. Bueno, en el Pedagógico había uno que nos visitaba, tenía como cuatro colores repartidos en manchas disparatadas que le dieron el nombre, Arlequino. Después nos enteramos de que, si un gato tiene muchos colores, siempre es gata, de manera que pasó a llamarse Colombina. Las mujeres la inflaban, y un par de alumnos maricones; los demás, los machos recios, preferíamos los perros, especialmente los pastores alemanes. No quise empezar con mentiras una relación que parecía bien aspectada y le dije que no tenía prejuicios de ningún tipo.

Tampoco le pareció divertido. Y corté por lo sano.

—Si quieres que me gusten, me van a gustar. Dalo por hecho. Mientras no te baje el amor por los zancudos, yo te sigo —conseguí, por fin, que sonriera y me acompañara a triscar por las praderas del minidepartamento. Esa sí que fue una cosa buena, con decir que olvidé todas mis acostadas anteriores y me consideré inaugurado en las artes del amor por vez primera. Nos lanzamos a fondo en la experiencia, nada de medias tintas, derrumbamos la cama.

Si una relación llega a esos niveles de excelencia, lo natural es asegurarla. No teníamos problemas para vivir juntos sin casarnos, pero había que comunicar la noticia a los parientes: tengo una pareja estable, somos dos ahora, tres en el minuto menos pensado, nos vamos a un departamento con dos dormitorios, por si las moscas.

De ahí se pasa a pensar en la muerte. Si me muero, ¿cómo queda ella después de tantos servicios prestados a la causa? La Meche no iba a estar con mis hermanos a los tirones por esta cosa o la otra. ¿Y si teníamos hijos? Había que casarse. Con visita previa a Talca.

Aquello fue una concesión de mi parte al disparate, a las ceremonias mágicas de los tiempos anteriores a la Historia. La verdad es que, si hubiera encontrado bisontes dibujados en las paredes de la casa talquina, no me habría extrañado. Lo que era difícil de soportar era el olor a caca de gallina, que se tragaba junto a todo lo que se comía o se bebía en esa casa al borde del derrumbe, un gallinero de viejas recluidas con gallos retirados de las lides.

La Mercedes era el logro mayor de esos esperpentos, una periodista de cierta fama, con apariciones prudentes en la tele, su madre y los despojos adyacentes la consideraban un genio indiscutible. La Michita, nombre raro, mezcla de Micifuz y Meche. Ella no se las daba de nada, ni era una periodista estrella, era un amor, amable, sensata, tan tranquila, más segura que la misma tierra.

Tuve una visión de Talca deformada, quiero que quede claro, una vuelta al pasado, eso fue exactamente, piezas con roperos de tres cuerpos, un espejo en cada uno, moles gigantes que se veían chicas en las piezas empapeladas de morado con negro y restos de dorado, catres de bronce, de verlo y no creerlo, en estos tiempos, el comedor de diario con sus aparadores tallados, muy oscuros, y grabados enormes en que Otelo le habla a Desdémona junto a la ventana de un

palacio veneciano, en uno, y, en otro, en la furia de los celos, mordiéndose los codos en la oscuridad de una fortaleza, mientras ella le habla a Cassio, si hubiera sido anticuario me trastorno.

Lo único que me mostró con emoción fue el segundo patio, donde estaba el camelio enorme y, a sus pies, las tumbas de sus gatos bien amados. Una gata blanca, la Amandina, atropellada por un auto. Un gato colorín, descalcificado desde chico, el Fuji se llamaba, lo había querido más que a sus amigas, le hablaba con los ojos, era un caso de comunicación total. Su agonía había sido larga, se quebraba, se lo pasaba con él en brazos en busca del veterinario, sufriendo los dolores que él sentía, llevándolo a la tierra para que hiciera sus necesidades, poniéndolo sobre su mesa mientras hacía las tareas, un gato objeto, un cuerpo inerte tan precioso, una mirada les bastaba, dormían juntos, el uno para el otro. Si encontraba un hombre como el Fuji, ella se embarazaría de inmediato. Yo la miré con ojos de pregunta.

-Contigo me embarazo -me aseguró enseguida.

Cuando las quebraduras del Fuji fueron múltiples, hubo que sacrificarlo. Estaba avergonzada porque no fue capaz de acompañarlo en su calvario. Se quedó en cama un día entero y, al siguiente, un reemplazante.

Entonces quedé informado para siempre: los gatos son eternos. Nacidos para ser domésticos y matar los ratones asquerosos que tenían sus cuarteles en el techo. Era falso que fueran traicioneros, sólo un poco celosos, los arañazos eran accidentes del amor, defensa propia, nada digno de ser tomado en cuenta. El nuevo se llamó Valentino, era común, negro con blanco, dominico, cazador experto, siempre enamorado, y tuvo una vida breve y agitada. Lo envenenaron los vecinos, abrumados por la intensidad y el volumen de sus canciones, interpretadas a eso de las dos de la mañana.

En Santiago no podía tener uno, demasiado complicado, viviendo en pensiones o en departamentos con amigas amantes de los pájaros, así les iba a ir a ésas, carne de cañón, lo menos.

Pero ahora se vería.

Mirada escrutadora, hasta el fondo mismo de mis sesos. Yo sonreí, afirmando con los ojos, te acepto lo que quieras.

Fueron pocos días en Talca, pero suficientes. No me acusen los talquinos, eran los viejos silenciosos los que me atacaron con sus miradas incomprensibles. No sabía qué hacer, no soy bueno para la palabra hablada, y la escrita hay que ver que me cuesta. Me parecía que tenía que dar disculpas por ser joven, era joven y, por lo tanto, sus vidas me parecían acabadas, en el

andén definitivo. Hablamos del tiempo y los temblores, de los lagos nuevos que afectaban el clima, que los pájaros ya eran distintos, se estaban poniendo tropicales. Yo venía de otro planeta y quería volverme cuanto antes. Nos regalaron algunos muebles que nunca pudieron moverse de sus sitios y nos volvimos a nuestra inmunda ciudad muy aliviados, yo más que ella. Era iluso pensar que irían a nuestro matrimonio, sólo fue la madre, la señora Maruja, bañada en agua de Colonia para espantar el olor de sus gallinas.

Inauguramos departamento y gata al mismo tiempo, a la vuelta de la luna de miel en Bariloche, el tiempo cómo pasa.

El departamento está en la avenida Los Leones, casi al llegar a Irarrázaval, en un edificio de cuatro pisos, sin ascensor. Estamos arriba y nuestro dormitorio da a la copa de los árboles. Es un poco ruidoso en las mañanas, pero uno se acostumbra pronto al ruido de los autos, con buena voluntad se siente como el rumor de un río.

Ya vida más tranquila no se ha visto. La Meche en sus entrevistas, en esos años una mujer como ella "llegaba" cuando le tocaba trabajar

en una revista femenina, como la *Paula*, pero ese medio ya estaba copado, derivó a la crónica social sin mucha angustia, aunque a ratos se mesaba los cabellos. La verdad es que su carrera estaba estancada totalmente. Ahora estudiaba arte y cine, por si podía llegar a crítico o comentarista. Yo, en mis clases, que se iban perfeccionando, Modesto Corazón de Tigre, me ofrecieron una beca a Estados Unidos, pero no podíamos abandonar el trabajo ni a la señorita Kitty.

Ella es un tema aparte.

Me prefirió a mí, desde el principio. Al comienzo era una incansable juguetona. En la cama, en la noche, mientras leíamos, intentaba mordernos los dedos de los pies, a través de la colcha, yo los movía continuamente para mantenerla entretenida. Cuando se cansaba se asomaba por debajo, por encima, o por los lados de mi libro, pidiendo atención y caricias en sus largos bigotes blancos, como las antenas de las hadas. Le dedicaba un buen rato, ella sentada en mi pecho, mirándome con unos ojos redondos de muñeca, atentos, las pupilas dilatadas hasta el extremo, a causa de la poca luz, intentando entender mis más ocultos mecanismos, supongo, a menos que fuera que le gustaba mirarme y no otra cosa. Yo aprendí a mirarla igual. Era una especie diferente del conocimien-

to. Cuando la pasión la devoraba me mordía el brazo suavemente, sin enterrar nunca los colmillos, la gata escandalosa. La Meche nos celaba como si fuera una persona, ¿qué habría dicho si hubiera sabido que algunas alumnas me miraban igual de fijo, pero con otras intenciones?

No es que yo fuera un Adonis, por favor. Ni alto ni bajo, me parezco a tantos otros que me confunden a menudo. Tengo rasgos regulares, los ojos cafés, un café claro, yo creo que mi crédito mayor es mi nariz, por lo menos la Meche me tenía convencido de que, de perfil, la pego. Mi tragedia es el pelo, que era castaño claro, soy de ese color entero. A los treinta y cuatro empezó a ralear, intenté compensar la carencia dejándolo largo, pero el peluquero me aseguró que ése era un error fatal, de esa manera la calvicie resultaba mucho más evidente. Así es que opté por el pelo muy corto y barba. Me transformé en otro, los amigos antiguos no me saludaban en la calle. A la Meche no le gustaba, pero a la señorita Kitty le fascina, todavía me restriega el hocico en las mejillas, cada vez que me pongo horizontal, y me lanza su aliento de dragón.

La Meche decidió que había que operarla. Si iba a vivir en un departamento era imposible que tuviera encuentros amorosos con un gato. Y las gatas en celo son demasiado libidinosas. Un día la llevó a un veterinario y la encontré

operada, con un tremendo pedazo afeitado, cerca de las patas traseras, que mostraba el tajo, los puntos, y una carne rosada manchada de colores variados, lunares suaves de lilas pálidos. Era un animal con piel y carne debajo de sus pelos largos, al fin y al cabo. Algo muy frágil.

La señorita Kitty sólo come carne cruda. Pero tiene una ansiedad general por la comida. Hubo un tiempo en que invitábamos amigos a comer y ella estaba en el medio, tirándose de espaldas para deslumbrarlos con sus infinitos atractivos. Es una supuesta Tortoise-shell, caparazón de tortuga es el nombre de su raza, medio verdosa, con suaves manchas anaranjadas. Nos molestamos con el veterinario que, en el informe sobre la operación, señaló que era mestiza. Con el tiempo creció y empezó a exigir jamón en las fiestas, todos la alimentaban encantados. Me parece que vi un lindo gatito. Oía el ruido del hielo en los vasos y se instalaba hasta recibir su dosis de paté o de lo que hubiera. Terminó transformada en una inmensa gorda, loca perdida por el queso.

Tuvimos problemas en las vacaciones. El primer año la dejamos en un Hogar para Animales Menores, cerca de la Gran Avenida. Hicimos un viaje al sur, pasando por Talca, naturalmente, donde encontramos que doña Maruja trataba de transformar la casa en pensión para estudiantes; tuvimos que prestarle plata para comprar camas nuevas y arreglar los baños, que daban una impresión penosa.

Chiloé nos pareció el ideal de nuestras vidas. La gran isla iba a ser el refugio para los años finales. Ibamos a comprarnos un terreno en Castro desde donde se viera el mar interior, lejos de la gente, dedicados a estudiar nuestros libros sin presiones.

El reencuentro con la señorita Kitty fue dramático, estaba en una jaula, rodeada con alambres, por intento de fuga. Nos fuimos con la audaciosa, que parecía salvada de un naufragio, un guatero de piel, se me orinó encima apenas la sacamos de la jaula, se creía perdida para siempre en medio de tanto perro histérico.

¿Qué íbamos a hacer para salir de vacaciones de ahora en adelante? Una empleada para atender a la perla era lo único. Qué me dicen. Igual, cuando salíamos de viaje, se cagaba encima de nuestro cubrecama, no comía, presentaba síntomas de asfixia. Volvíamos, apenas nos miraba, se hacía de rogar, estaba herida por el

brutal abandono, se comía el jamón que le ofrecíamos, los terriblemente arrepentidos, con cierto desinterés, como si hubiera perdido el gusto por la buena mesa.

No le duraba mucho la finura, retomaba su actitud de piraña apenas llegaba la hora de tomarse un trago. Seguía sin maullar, ni falta que le hacía, sus miradas eran como letreros luminosos.

Una noche, por seguir a una estúpida paloma que vaya a saber uno cómo fue a meterse en la cocina, se cayó por la ventana. Cuatro pisos. Siempre me la imagino, como Silvestre, como el Coyote, cuando se dan cuenta, en medio de una persecución a Piolín o al Correcaminos, de que están parados en el aire y se van de un viaje a estrellarse en el suelo, miles de metros más abajo. Sentimos como un soplo, era ella que salía disparada, para desplumar al pájaro güevón, por la ventana que daba al patio de servicio. La Meche, enloquecida, se asomó para ver la tragedia. Abajo estaba, como un trapo viejo.

Bajamos, sin aliento, agónicos. La puerta de reja que daba al patio de luz, cerrada con llave, y el mayordomo del edificio, como era sábado, no estaba. La Meche la llamaba, le decía Kittycita, el trapo viejo levantó la cabeza, se arrastró hasta la reja, ¡cómo llorábamos!, venía a morir a nuestros pies. Pasó la reja, la tomamos en brazos, con extremo cuidado, estaría reventada, mejor

ni tocarla, subimos, la acostamos en el sofá, sobre una frazada, para que muriera en paz, en su trono, como lo que era.

El domingo durmió profundamente. El lunes el veterinario la examinó, estaba fresca como tuna, se le había quebrado un colmillo, eso era todo. No es que lo dijera, pero parecía que dudaba de que esa tremenda gorda hubiera tenido una caída semejante. Nos abrazamos con la Meche, hicimos el amor para celebrar la salvada.

La gente feliz no tiene historia. Eso sería todo, si no fuera porque la Meche se alejó, de repente, de nosotros dos.

Le eché la culpa a mi calvicie, que progresaba. Se lo dije. Se puso triste, me dijo que yo me preocupaba solamente de mí mismo. Y, a veces, de la Kitty. Tu gata, dijo, con todas sus letras. Que no me daba cuenta de que ella había cambiado, que ya era una mujer de cierta edad, nadie diría que estrepitosamente joven. La miré con los ojos de la señorita Kitty.

Era verdad. Estaba distinta. ¿En qué momento se había producido el cambio? ¿Y en qué consistía?

Era un velo opaco sobre su vitalidad acostumbrada. Nadie, si no era yo, podría verlo. Una

especie de fatiga, como si hubiera trasnochado. Nada importante, pero en ella era un abismo. Tenía treinta y cinco años, trece de casada, y la fiesta estaba en otra parte, lejos de sus páginas sociales, ya perdida.

–Yo no soy como la Kitty –dijo con una tristeza que me hizo trizas–, me he caído del cuarto piso y estoy agonizando.

Protesté en todos los tonos a mi alcance. Era una crisis. No le gustaba lo que hacía. Yo era un latoso imposible. Ella estaba mejor que nunca. Haríamos un viaje a Chiloé. Le dio risa. No se iría a enterrar en esos andurriales ni aunque nos regalaran el terreno. Eso era algo del pasado, una ilusión sin el menor sentido. La verdad del asunto es que pensaba que estaba de sobra, que nosotros nos bastábamos.

–¿Me estás celando con la señorita Kitty? ¿En serio? –no sé por qué, pero la idea me resultaba encantadora. Ella suspiró, como cansada.

–No. Tú eres mío. La Kitty es tuya. Soy la dueña de los dos. No es eso. Es algo que se escapa. Todo pasa, la política, los cambios, los derrumbes, la riqueza tremenda de los otros nos deja al margen, si me muero mañana nadie tendría motivos para recordarme. Yo sé que llorarías. La Kitty, que come porque yo me preocupo, tú nunca te has enterado en dónde compro la carne, estaría desconcertada un par

de días. Después el olvido. Los gatos olvidan, ¿sabes? Todos olvidan.

No encontré la forma de ayudarla. Sonreía, pero estaba distante. Todo parecía igual, pero ya no lo era. Y, en medio de los abrazos nocturnos, me asaltó el problema de los hijos. Al principio hicimos toda clase de proyectos, no era el momento de tenerlos, ella no podía perder las oportunidades en una profesión con tanta competencia. Después lo pensamos, sin demasiado entusiasmo, estábamos tan bien así. Para el otro año. Y después, cuando tratamos de tenerlo, no hubo caso. Yo era estéril. Como la señorita Kitty, los dos en forma involuntaria. La idea de adoptar un niño nos pareció demasiado alejada de nuestra mentalidad. Ella misma insistió en que era mejor estar solos. Los tres. No volvimos a tocar el tema. Tal vez era eso lo que la tenía complicada. El problema, si era ése, no tenía solución. Preferible ni tocarlo.

En esto murió la vieja inútil, la prima de su padre, y se fue a Talca. Ella, que siempre usaba pantalones, se puso falda negra.

TRES

TERMINAMOS POR QUEDAR encerrados, cada uno en su mundo pequeñito. La Kitty en sus sueños de gorda, cada vez más largos y profundos, y su romance ininterrumpido con Osvaldo. Osvaldo entre sus libros y revistas, los artículos sobre Proust y Joyce y Hemingway, las salidas al cine, al teatro, conciertos, reguladas por los gastos, solamente una a la semana. Las clases que lo neurotizaban sin que se diera cuenta, por eso se le caía el pelo, por el terror a los alumnos. No podía fallarles. Pobre hombre, tan suave. Y yo, con las mil quinientas frustraciones.

Sí, nos tocábamos. Nuestros mundos, a ratos, coincidían. Ni la gata maullaba ni nosotros hablábamos. No era necesario. Un alivio no hacer ningún esfuerzo en el departamento, bastaba con echarse en un sillón, cada uno acudía sin hacer ruido a servir al otro, a mirar al otro, a pedir protección o consuelo, o a darlo. Casi perfecto.

Al comienzo tuve celos, la Kitty era MI gata. Pero para ella era más práctico subirse a las piernas de Osvaldo, tenía más espacio, además descubrí que detestaba la tela de los bluyines que yo usaba, por áspera, por fría. También Osvaldo se mueve mucho menos, yo soy la que hace la comida, la que limpia, la que compra, la que lava. Y a los gatos les gusta estar tranquilos. Si se instalan tienen que estar un rato largo, acomodándose, sobre todo la Kitty, que tiene esa costumbre tan rara de hacer trámites antes de subirse encima tuyo, ronda a tus pies, le tienes que hacer cariño en la cabeza, ella se da unas vueltas, caricia número dos, la confirmación, si no eres tan efusivo como espera, no se decide, nueva ronda, caricia número tres, ahí se pone en posición de despegue, mide la distancia con mirada de experta y salta y se te instala, al fin. Es una gata burocrática.

Los quiero a los dos. Los quiero mucho. Pero mi vida es otra. Jamás seré una siútica, no me interesa aparentar que soy de otra clase, pero me importan las cosas materiales. En estos tiempos tú eres lo que tienes. Trabajando en las páginas sociales veo cómo vive la gente rica, aprendí lo que es bueno, lo regular, lo mediocre. En qué consiste la vulgaridad. Hay ricos vulgares, hay pobres finos. Pero ¿para qué hacerse la equilibrista, la apegada al mundo de los que

son mandados? Esa es otra forma de mentira y me carga la gente que lo hace, los que están orgullosos de ser artesanales y mueren con la bandera del folklore izada. Puros picantes, gente de mal gusto. Me revienta esa nueva onda de tocar boleros, esos adoradores de Almodóvar, todo lo cursi es respetable. Todo es respetable, ya que estamos en ésas. Pero una casa en Cachagua, con piscina, además de ser respetable, es maravillosa. Tal vez por ser algo inalcanzable. No quiero tener muchas joyas, solamente la mejor en su estilo. Y llegué a una edad en que sólo un increíble golpe de fortuna me podría sacar de este pantano. Mentira, no es pantano. Es un jardín un poco descuidado.

Tendré que trabajar hasta la muerte. No me gusta el panorama. Soy como la mayoría de la gente. Horrible realidad.

Llego a la casa, en Talca. La tía Marta está enferma, no podrá ir al entierro de su prima Eliana. Mi madre está tosiendo, ya veo lo que pasa, para ahorrar han estado tratando de no usar las estufas en los dormitorios, las pobres viejas. Ahora deben calentar el comedor para los estudiantes, que son siete. Mi madre quiere que le ayude a revisar la pieza de mi tía Eliana, no se

atreve a entrar sola. Primero me tomo un trago de vino en la cocina, donde hierve una cazuela de vaca para quince personas. Qué optimismo, como si alguien fuera a venir al funeral. Es bonita la cocina a leña. Entramos a la pieza, que está frente a la leñera, las paredes son de adobe en esta parte de la casa, seguro que hay arañas en los rincones. La muerta está siendo velada en la iglesia cercana, sin ninguna compañía, con una sola corona de flores.

–La Elianita era mayor que yo, me parece – dice mi madre, tratando de contener la tos–. Se vino a vivir con nosotros cuando se murieron los tíos, eso ocurrió hace más de treinta años. Yo fui muy respetuosa de la parentela de tu padre. Se instaló aquí porque no tenía donde ir, la pobrecita fue una nulidad, ni supo de herencias, nada. La verdad es que la venta de la casa de los tíos se gastó en pagar los hospitales, los entierros, pero ni preguntó. Al principio creímos que estaba algo atontada por las muertes, la soledad, si no la recibíamos no tenía adonde irse, pero pasó el tiempo y siguió igual de tonta. Yo no sé si la difunta era débil mental o el genio de este mundo, porque hay que ser bien habilosa para vivir sin trabajarle a nadie, dime si no es cierto. Mira este cochambre, eso sí que no lo hicimos nunca, desde que se fue la empleada, le dijimos que era cosa de ella si lim-

piaba o no limpiaba, que ya bastante trabajo teníamos nosotras con el resto de la casa. El día que no llegó a tomar el desayuno, vinimos a mirar. ¡El olor no te cuento! Casi me voy de espaldas. Esto era una especie de basurero. Ahora está limpio, más o menos, si creo que hasta la ampolleta está quemada. Yo creo que será mejor echarlo todo a la basura, ni gratis querrán estas porquerías.

La pieza es muy oscura. Hay cajas de cartón por todas partes. Esos son los muebles de la muerta. Adentro hay rollos de cordeles, pedazos de tiras de encajes, fotografías a punto de borrarse, papeles de regalo arrugados, ovillos minúsculos de lana, páginas de revistas con hombres buenos mozos. Hago un montón con todo, apartando las fotos más oscuras, para mirarlas después, con más cuidado. Debajo de la cama hay una caja grande, es un cofre de madera. Adentro hay cartas, amarradas con cintas de colores destenidos, cofrecitos más chicos, unos aros de plata y, muy al fondo, una caja de cigarros llena de monedas de oro.

—¿Qué es eso? —dice mi madre, sin inmutarse, pensando que son envoltorios de chocolates con esa forma tan corriente. Qué horror,

por un momento estuve a punto de mentirle y quedarme con todo.

-La Elianita era una vieja concha de su madre -digo yo, tratando de no ser agresiva-. Son monedas de oro.

-No puede ser. Ella ya no podía ser más pobre.

-No podía ser más avara.

-¿Eso tiene algún valor?

-Así, a vuelo de pájaro, serán diez millones -mi madre se sienta en el suelo y se queda pensando. Llora un poco, pero no es de tristeza. Había soportado a la Elianita durante varios siglos, compadecida de su indigencia, y no era cierto, no había tal pobreza, había sido estafada, la había servido, alimentado, por pura lástima y, ahora, ¿de quién era esa herencia?

-Todo esto es tuyo, mamá.

-Imposible. Somos varios primos.

-¿Adónde están los otros?

-No sé.

-¿No vienen al entierro?

-No sabemos. Les avisamos a todos.

-Entonces que se jodan. Los que creen que no vale la pena venir al entierro de una vieja miserable, pierden su parte. Y no me contradigas, por favor. Esto no existe. Ni a la tía Marta le vas a decir de esta plata. Van a comprar estufas, van a mandar a todos estos estudiantes a la

cresta, van a tomar una empleada y el resto se invierte.

—La Marta va a preguntar de dónde sale la plata.

—Le dirás la verdad. Yo te la mando. Porque yo me llevo esto. Sin ánimo de crítica, pero ya está bueno que te hagan tonta. Vamos a revisar hasta el último rincón de esta pocilga, te apuesto a que encontramos otro poco.

Debajo de las cajas de cartón hay dos cajas de cigarros más, con el mismo contenido. Tres en total. Una para la tía Marta, otra para mi madre y otra para mí. Me parece que es lo justo. Mi madre me mira como si fuéramos asaltantes de un banco, ella, la cómplice cobarde, no quiere saber nada. Yo la tranquilizo.

—Este es un pago. Hay que tomarlo así. Yo me encargo.

Pero en la noche no puedo dormir. Hago infinitos cálculos, pienso que si se muere la tía Marta vamos a quedar muy bien, no debo pensar eso, lo cierto es que está enferma y tiene muchos años, y no es tanta plata, al fin y al cabo, ¿será verdad que el dinero te cambia?, ni siquiera alcanza para comprarse un departamento en El Golf, ¿cuánto valdrá cada moneda?, hago pro-

yectos de viajes, compro ropa imaginariamente, tal vez renuncie al trabajo. No, eso sería una locura. Tengo que pensarlo veinte veces antes de decidir en qué lo gasto. Y a Osvaldo, ¿qué le digo? En todo caso, apenas llegue a Santiago me corto el pelo.

Solamente mi madre, abrumada por la culpa, y yo, muerta de risa, vamos al entierro de la avara. Es un día de sol maravilloso. La dejamos en su nicho y nos vamos a vivir la vida.

En el viaje a Santiago planeo las mentiras que le diré al Osvaldo. Nada complicado. Es una herencia, pero no de la Eliana, invento un tío lejano, tuve tantos auténticos. No hablaré de las monedas que acarreo. Es una plata remota que me llegará en algún momento, para que no se extrañe si me ve con ropa nueva. Le compraré esos libros con que sueña. Tal vez un viaje a Buenos Aires o a Miami.

Osvaldo está en clases, por suerte. Tengo tiempo para ocultar el tesoro en la cocina, donde nunca se mete, en el rincón más abandonado, detrás de la plancha descompuesta que no qui-

se tirar a la basura. Dejo una moneda afuera, para averiguar el precio.

La Kitty me mira fijamente todo el tiempo, extrañada. Maúlla por primera vez en su vida. La moneda se me cae al suelo. La recojo, la guardo en mi cartera. Ella sabe que he cambiado. Estoy loca, lo que pasa es que me ve nerviosa. Le hago cariño, le hablo.

-¿Qué significa miau, Kitty? ¿Qué significa? La gatita amorosa, ¿me echó de menos? Usted también tendrá un regalo, torrejitas de jamón para la pérdida. Estoy distinta, ¿verdad?, ¿verdad que sí? Voy a cambiar otro poco, todavía, pero para mejor. Todo va a cambiar, ahora, Kitty. ¿Qué significa miau?

Osvaldo llega, cansadísimo. Le cuento del entierro, de la posible herencia, servirá para hacer algo, una variación, comprar libros, ropa nueva. Me dice que la Kitty ha estado con colitis desde que me fui, pero que el apetito no lo pierde, al revés, no se llena con nada, cree que hay que llamar al señor Carreño, el veterinario, que le pegue una mirada, por si acaso. Yo digo que lo de la Kitty es algo nervioso. Le pregunto cómo está para triscar por los prados, me dice que está cansado, pero siempre listo. Yo le digo que se relaje, que me encargaré de todo. Estoy an-

siosa, le saco la ropa, me monto encima, cabal-
go, tirándole los pelos del pecho, que le duela,
yo soy la que domina. ¡Arre, arre!

Cada moneda vale setenta y cinco mil pesos.
Son trescientas once. Trescientas once por setenta
y cinco mil son veintitrés millones trescientos
veinticinco mil pesos. Dividido por tres son sie-
te millones setecientos setenta y cinco mil para
cada una. Ya decía yo que no era tanto. A me-
nos que lo invierta. Es lo que dije que iba a
hacer.

¿A quién preguntarle cómo se hace? Com-
prar acciones o poner toda la plata a interés en
el banco. Lo averiguo, me informan que si hago
funcionar dieciocho millones, eso produce una
ganancia mensual de trescientos cincuenta mil
pesos, más de lo que gano yo, de lo que gana
Osvaldo. No está mal, pero no es bastante. Ven-
do las monedas, le mando seiscientos mil a mi
madre, de adelanto. A la semana me llega un
acuso de recibo; muchas gracias, la tía Marta
sigue enferma. Ya le compró una estufa que no
se apaga nunca. Muérete, tía Marta, por favor,
te ruego que te mueras.

La que está enferma es la Kitty, tiene dia-
rrea. El veterinario le recetó un remedio que le
hace bien, pero la hace salivar terriblemente, se

chorrea de babas el pobre animal, luego el remedio se le endurece en la piel y es un suplicio para ella meterla al agua y sacarle las costras que se forman. Me pongo algo insensible o demasiado, ya ni yo me entiendo, prefiero que siga con colitis y que recupere su belleza. Osvaldo se preocupa cuando la Kitty se sienta sobre su pecho, en las noches, y se miran tan profundamente, largo rato. A veces, a Osvaldo se le llenan los ojos de lágrimas, cuando llora se le pone el iris color ámbar. Dice, la señorita Kitty está enferma, está más flaca, más triste, la he notado deprimida, yo le digo que está vieja, ya tiene trece años, como un humano de noventa y uno, que es natural que tenga algún trastorno, ya no es una chiquilla. El le escarmena el pelo, bajo las orejas, para que recupere la juventud por un momento, y el milagro se produce, le vuelve el brillo a los ojos; se pavonea, con los ojos cerrados, la cabeza hacia el techo. Hasta ronronea con cierta gracia. Entonces yo lo ataco por las partes bajas con manoseos suaves, distraídos, la mano cerca, sin tocar el peligro, no es un milagro lo que se produce. Pura mecánica. La gata fuera de la pieza mientras él me monta o yo lo monto. Ultimamente no admito competencia.

Como Osvaldo pierde el pelo, se hace tratamientos con aceites, con palta molida, con remedios que le dan los amigos, siempre me anuncia que su nuevo champú es superefectivo, que detiene el proceso, que regenera, que limpia los poros del cráneo, que esta vez sí que va a volver atrás y va a ser como antes. Se ve amoroso igual, él tiene ese aspecto de caluga de manjar, todo castaño claro, me da gusto tragármelo. Pero es el postre. Lo que no he tenido es el plato de fondo, el salmón en salsa bechamel, el chanco en aceite de coco, el roast-beef con champiñones, el pulpo a la griega. Eso es lo que me falta.

Ahora que tengo otro estatus, otro corte de pelo, otra manera de vestirme, la misma distracción de la mano en los muslos de Osvaldo la he aplicado en el trabajo con un resultado semejante. Antes andaba detrás de la jefa de la sección, del fotógrafo. Ahora, que no me importan tanto, me han descubierto y me adoran. Pedí un aumento de sueldo, total, no perdía nada con que me lo negaran. Me lo dieron. A cambio de más trabajo, cierto, entrevistas, reportajes. No pueden vivir sin mí, yo soy la única que sabe cómo manejar a las fieras. Tengo estilo. Al fin.

Sin mentir para nada, esto era lo que yo quería, lo que, de verdad, necesitaba. Gracias.

Mi jefa es rubia, pelo crespo largo, muy tostada por el sol de la playa o de la nieve, parece que se quedó para siempre de ese color envidiable, los labios casi blancos, se llama Marisa y dicen que fue amante del Rollo.

El Rollo Gaete es el fotógrafo. Se llama Rolando, pero como agarra modas, obsesiones muy apasionadas, rollos, como les dicen ahora, le pusieron ese sobrenombre que le viene mucho, me parece. Tiene el pelo muy largo, oscuro y crespo, se lo sujeta con un elástico, como cola de caballo. Es tosco de cara, pero muy atractivo, y se viste estupendo, siempre anda con mujeres espectaculares, rubias de piernas largas, con minifaldas. De ese tipo de minas, como él las llama, que no tienen nada que decir y mucho que mostrar. Ya nos habíamos examinado, pero yo no obedecía al esquema de sus parejas habituales, evidentemente, porque nunca intentó seducirme, lo que me parecía pésimo, y yo lo hallaba un creído, tal vez por eso mismo. El era la estrella, su sueldo era casi el doble del mío. No era raro, mis comentarios eran insignificantes, en cambio sus fotografías llenaban las pági-

nas, sin mencionar el problema del machismo en este país, igual que en todos. Ahora, desde que desterré mis pantalones, empieza a mirarme de otro modo, somos de la misma edad y me veo más joven, a su mismo nivel en elegancia. Creo que llegó la hora de vengarme. Por eso uso el truco más viejo de la Historia, el que no falla nunca, el de no tomarlo en serio, al mismo tiempo que le aprieto el brazo, más arriba del codo, lo que puede parecer casual o muy íntimo, según como se mire.

Me invitó a comer, durante la inauguración de la temporada en el Teatro Municipal, le dije que lo sentía tanto, imposible, Osvaldo me esperaba, quizás la próxima semana, no me había fijado en tus manos, cómo tomas la máquina.

—¿Cómo la tomo?

—En forma demasiado sensual para ser una máquina —se mira las manos, se siente sexy. Lo malo es que, en realidad, lo es. Pienso que me gustaría soltarle el pelo, qué gracioso, los papeles cambiados, enterrarle las manos en la melena revuelta, sumergirme adentro, que se haga la oscuridad por un momento.

No sé si necesito una aventura. No me va a llevar a nada, he sabido de miles de mujeres que se entusiasman con un tipo de estos y después quedan botadas por el marido y el

amante. Terminan suicidándose. Mi problema es que pienso demasiado.

¿Qué hay de malo en pasarlo bien un rato? La tontería sería enamorarse. Eso sí que no, por ningún motivo. Pero dicen que sucede y una pierde el control y adiós veredas conocidas. Pero si la experiencia es tan extraordinaria y una se cae al barranco, como resultado, ¿no es preferible a no haberla tenido? Yo quise a Osvaldo, pero si pienso tanto en otro, si le tiendo trampas, es que ya no lo quiero de la misma manera. Me da ternura, eso sí, eso siempre, de veras que yo creo que será hasta la muerte. Apuesto cualquier cosa que ha tenido una amante, los hombres son todos iguales. Los tocas, reaccionan, van a dar a la cama. Mecánica. Antes yo no era así; ¿qué me pasa? Y tanto que juramos que no íbamos a engañarnos nunca. Antes de acostarme con el Rollo, si es que llega a suceder, es mejor que hable con Osvaldo. Lo prometido es deuda, no quiero ser una traidora. Pero lo más bien que traiciono a mi tía Marta, deseándole la muerte. Se pueden dominar las acciones, pero no los pensamientos. Lo bueno de dejar a Osvaldo sería que podría actuar libremente con mi plata, sin darle explicaciones a nadie. Si mi mamá se muere, yo me quedo con todo. Veinticinco millones. Ya esto es demasiado.

Pienso estas cosas en la noche. En la noche

todo se deforma. Con un café, a mediodía, soy otra muy distinta, mejor que ahora. Más vale que me tome una pastilla para dormir, que piense en otra cosa. Por ejemplo, en la Kitty.

El mayor problema de la colitis es que se ensucia las patas, sale de su recipiente lleno de aserrín, enloquecida, como si la persiguiera un perro, dejando marcas oscuras en la alfombra. Tengo que andar a cuatro patas, borrando las señales de su paso. Se lame con cierta dificultad, muy incómoda. A veces está tan hedionda que Osvaldo le limpia el poto con un papel humedecido. Se resiste a estas exigencias de la vida en común y se ofende, nos da la espalda en forma categórica. Gata cochina. Mira cualquier rincón para olvidarnos. Al rato nos perdona.

Todos los meses hago el recorrido por los bancos, calculando lo que gano, viendo cuál da más por dejar la plata a plazo. En dos días me gano casi trescientos mil. He comprado unas pocas acciones, cautelosamente, con la ayuda de un experto, el que maneja la sección de economía en el diario, se llama Martín Herrera del Río. Le pedí auxilio, me invitó a almorzar, vaya, vaya.

Me dio toda clase de consejos, mirándome a los ojos, tiene los ojos verdes y usa el pelo tan largo como el Rollo, tiene mechones claros, ni una sola cana. Le hablo de su pelo, que nunca pensé que un economista tuviera un aspecto así. Me cuenta que no se lo corta desde que se separó de su mujer, que tal vez lo haga cuando encuentre otra. Yo firme, aparentemente no me inmuta, pero ahora sí que lo examino con malas intenciones. Es más buen mozo que el Rollo, pero no tan atractivo. Pienso que encontrar al perfecto me tomaría mucho tiempo.

-¿De qué te ríes?

-No me río.

-Te sonrías.

-Es distinto.

-¿De qué te sonrías, entonces?

-Porque pienso que me mientes. Seguro que tienes a alguien.

-Bueno, nunca tanto como andar botado.

-Es lo que yo pensaba.

-Pero no es una cosa seria.

-Claro, eso es más difícil. Pero peor es nada.

-¿Cómo te va con tu marido?

-Ni bien ni mal.

-¿Cómo es eso?

-Ni bien ni mal, solamente.

-Perdona, pero no te entiendo.

Es curioso cómo miento, aunque digo parte

de la verdad. Comienzo diciendo que no tenemos hijos con Osvaldo, por su culpa; que eso nos aleja, sin llegar a ser un drama. Sonrío, para que vea que es una tristeza interna. Me dice que tiene dos hijos hombres, que el de catorce es un genio de la computación, que el de doce, sin ser tarado, es de otra onda, pero nadie sabe de cuál, que tiene una nefritis crónica, está en cama leyendo revistas todo el día. Si se cuida, se salva, pero es difícil que se quede quieto, claro, sin dolores y en cama, con esa edad, muy difícil. El los va a ver dos veces a la semana, los niños viven con su madre, que trabaja en una agencia de viajes.

—¿No te molestas si te pregunto por qué se separaron?

—No, en absoluto. Mira, la Mónica es una mujer orgullosa, escucha poco, se equivoca mucho y antes muerta que reconocerlo. ¿Tú ubicai a ese tipo de personas que interrumpen a los demás a cada rato? Ella escucha un par de minutos, eso le recuerda una cuestión cualquiera y la lanza, cambia el tema; deja a los otros con la palabra en la boca, no se hace ni un problema. Oye, eso se soporta unos años, pero después empezai a irritarte con el monólogo, al borde del asesinato, ¿cachai? Cometí la falta imperdonable de decirle que nos tenía a todos agobiados, que fuera un poco más sensible. ¡Por la!

¡Vierai la ondita en que se puso! Me acusó de tal cantidad de defectos, que le dije que no sabía cómo me había soportado tanto tiempo. Reconozco que me puse bien pesado, si es que estaba que le dejaba un ojo en tinta. Le di las gracias por su resistencia, que era una especie de santa. Entonces dijo que ya no me soportaba. Igual, Pascual, le dije. Hice mis maletas y me fui a la casa de mi padre, me llegó hasta la tusa. Nunca hubo una posibilidad de volver a hablar serenamente. Apenas me ve se lanza a los balazos. Mi vida, sin ella, ha mejorado mucho. No es que fuera espantosa, pero, tal como pasa a veces, a los pocos días me pareció una desconocida. Si no fuera por los niños no la vería nunca.

—¿Y cuáles son esos defectos que te achaca?

—Eso tendrías que descubrirlo por tu cuenta, si es que llegara a interesarte.

¡Cómo vamos de rápido! No puedo detenerme. Me olvidé de pensar, de hacer mis cálculos. Parece que lo conociera desde que nació. Hablamos el mismo idioma y casi de la misma manera. Me ha salvado del creído del Rollo, se me hiel a la sangre al pensar que pude meterme con ese petulante, un compañero de trabajo tan directo, todos se habrían enterado y la Marisa lo comentaría, tratando de rebajarme a mi estatus anterior. Una pesadilla.

Le digo a Martín que seguiré sus consejos al pie de la letra, es decir yo no, yo no tengo tanta plata, pero mi amiga, la que tiene los millones, va a quedar encantada. Se lo agradezco tanto. El me dice que, ya que el hielo está roto, por qué no nos juntamos otro día. Por supuesto, le digo, cuando quieras. Nos reímos, este asunto es superevidente, nos damos la mano, me da un beso en la mejilla un poquito más largo de lo acostumbrado entre compañeros de trabajo, me dan ganas de pasarle la mano por el pelo.

El Rollo se pone tierno, qué felicidad tratarlo como a un niño chico. A éste lo haré sufrir un poco, para ver qué se siente. Para ver si puedo hacer sufrir a alguien, cosa que no creo, me levantaría mucho la moral. Supongo. Le pido que se suelte el pelo, me mira como si le hubiera dicho que se desnudara.

-¿Para qué?

-Para verte.

-Le dijo el lobo a la caperucita.

-Yo no tengo tan malas intenciones.

-Eso sí que lo siento.

-No me digas. Y ¿qué esperas?

-Sólo me suelto el pelo en casos especiales.

-¿Por ejemplo?

-Cuando hago el amor.

-Qué lástima. Entonces nunca te veré.

-No estés tan segura.

-¿Qué tipo petulante! ¿Todas las mujeres te resultan?

-Algunas son difíciles.

-No pierdas la esperanza. Bueno, a trabajar, con qué nos irá a sorprender la Marisa. Vamos.

Se queda mirando el suelo, las manos en las caderas, juraría que le cuesta soltarse el pelo. A lo mejor es de verdad que sólo lo hace en la cama. Me detengo y lo miro, un poco inquieta.

-¿Qué pasa?

-¿Qué me das a cambio?

-¿A cambio de qué?

-Si lo hago.

-¡Nada!

-Entonces no.

-Claro. No lo hagas. Era una broma, una tontería. Vamos.

No se mueve. Este gallo es enfermo de coqueto. Se lleva las manos a la nunca, se me pone la piel de gallina, se suelta el pelo sin dejar de mirarme, sin apuro, estamos haciendo el amor, dicen sus ojos, yo le digo con los ojos que sí, que eso es lo que pasa. Esto sería muy ridículo si no fuera él el que lo hace. Se ve estupendo. Se lo digo. Se queda mirándome, como esperando un premio.

No volveré a tocarlo, seguro que me quemó.

Hay que tener cuidado.

Oswaldo se sorprende con mis arrebatos pasionales, le hago el amor como una salvaje, me gusta tomar la iniciativa. Es un juguete, es como un gato regalón de mi tamaño, yo me pongo feroz, como las gatas, me desquito con él, y está contento. Se marea conmigo, dice.

Yo le entierro las garras, pensando que estoy con cualquiera de los otros. Lo que no entiendo es que, aunque funcionamos bien, estoy inquieta. No me basta. No quedo relajada. Tengo que tomarme dos pastillas. Voy a solucionar este problema apenas pueda. No en la próxima cita. A la tercera. Si me lo pide. ¿Si me lo pide quién?

Estoy enferma.

Oswaldo dice que la Kitty tiene algo en el cuello, una herida abierta.

CUATRO

LA SEÑORITA KITTY tiene un tumor en el cuello. El señor Carreño dice que hay que operarla pronto, que ya está viejita, que es un poco arriesgado ponerle anestesia, los gatos tienen el corazón muy débil.

La llevo, una mañana en que no tengo clases, en su jaula de viaje. Los traslados la asustan terriblemente a la pobre, trata de escaparse, maúlla como loca. El taxista es un tipo comprensivo, menos mal que no me tocó un neurótico. Tiene un perro, así es que entiende que uno se preocupe de la salud de los regalones.

El señor Carreño la agarra del pellejo de la nuca con cuidado y ella se transforma en una guagua, yo lo ayudo a sujetarla mientras le pone la inyección y me voy a dar una vuelta por el barrio. El bisturí me aterra.

Llego a una esquina donde hay un kiosco de diarios, revistas y caramelos. Los titulares

dicen que la Evelyn Matthei perdona a Sebastián Piñera, para dejar en claro que no es una cabra chica, como decía el intrigante en la bullada llamada telefónica. Las noticias ya no me interesan como antes, aunque todo este asunto es muy entretenido, quedó la crema en la derecha. Me entero por la televisión de lo que pasa, pero, después de los meses en la cárcel, me puse indiferente. Los milicos consiguieron su objetivo. ¿O es que yo era así desde antes? Puede ser. Me llaman más la atención las revistas de historietas: *Batman*, *Superman*, *Conan*. Cuando cabro yo quería ser un superhéroe. Mi padre había guardado todas las revistas de su infancia, en los años treinta y cuarenta, tenía un closet atestado, el *Billiken*, el *Peneca*, el *Patoruzito*, el *Pif-Paf*, el *Intervalo*, el *Paquín*, *Misterix*, el *Titbits*, el *Fausto*, el *Pulgarcito*, ésa era la mejor, el *Simbad*, el *Okey* era bastante buena, el *Cabrito*, que era una versión penca del *Peneca*, y muchas otras que ni yo recuerdo. Cuando salía con mi mamá a comer afuera, que era lo que más les gustaba en este mundo, y me dejaban solo, el viejo sacaba un montón y me las entregaba con toda clase de recomendaciones: "Cuidado con éstas, el papel está medio quemado, se raja muy fácil, así es que trátalas como si fueran de vidrio".

Para él eran las Sagradas Reliquias. Las mandó a empastar. Lo que gastó. A veces me

arrepiento de haber vendido algunos de los tomos. En todo caso la colección la conservo casi entera. Una tarde de estas las reviso. Si tuviera que contar mi infancia no creo que podría, es que no la recuerdo, me acuerdo de Quintín, el aventurero, que andaba en un hidroavión que se transformaba en submarino, de historias de perros vagos que salvaban a herederos raptados por mafiosos, del Príncipe Valiente y de su mujer, que se llamaba Aleta, y, sobre todo, de esas reinas del planeta Mongo, tan escasas de ropa, que trataban de tirarse a Flash Gordon, y él no se dejaba, a menos que tuviera amnesia, entonces sí, es que estaba enamorado de Dale. También a ella trataban de tirársela, las reinas no, claro: el emperador Ming y otros del mismo tipo, los malos.

Justo en esta esquina comienza un parque, totalmente desconocido para mí, ni sabía que existiera, es el final de la avenida Bilbao.

¡Cómo está de construido por estos andurriales!, edificios de doce pisos, vivir tan lejos en un departamento, eso no lo entiendo. En Santiago ya no hay casas como las de Talca, con tres patios, aunque a lo mejor sí, en el barrio Bellavista. La Mercedes está cada vez más rara.

No es que no me guste, me siento como Flash Gordon, deseado, ¡puchas, eso cuándo!, como para arrodillarse y dar gracias al destino, no, si las acostadas son como nunca, algo fuera de este mundo, cómo será que las recuerdo y me caliento. Lo que anda mal es que casi no me habla. Y, claro, la vida no consiste solamente en acostarse, aunque es muy-muy-muy importante, si no me tiene nada que decir es que la aburro, que ni siquiera le importa contarme lo que hace, ni adonde va, ni con quién. Yo no puedo repetirle lo que hago en clases, no hay novedades. Las noticias le importan menos que a mí, no vemos teleseries, al cine cada vez menos, al teatro nunca. Los libros que le recomiendo se le acumulan en el velador.

Tampoco es que crea que tenemos que contarnos hasta los más íntimos pensamientos, o que me moleste si estamos callados por largo rato, nada de eso, pero algo, una inquietud, un comentario. El único nexo que nos va quedando es la señorita Kitty.

No se va a morir, al contrario, ahora va a volver a echar sus carreras por el departamento, la pobre gata. Ya es hora de que vuelva a rescatar a la princesa.

El señor Carreño me entrega el bulto. Está completamente groggy, me mira con ojos de borracha, la Vivien Leigh al final de Lady

Hamilton, nada le importa nada, ni el viaje en taxi, ni la subida de las escaleras. La saco de la jaula, las patas no la aguantan, igual trata de caminar, es algo lastimoso, los hombres no lloran porque una gata se tambalee y tropiece y caiga y se entregue a su suerte con resignación y duerma y se olvide del mundo.

Hoy vuelvo de la clase y me encuentro una nota de la Mercedes. Se fue a Talca, su tía Marta está en las últimas, tiene que acompañar a su madre, que está sola, que se queda sola definitivamente, que es posible que llegue con ella, que la traiga a Santiago, si es que la convence, pero no cree. Esta vez no puede quedarse mucho allá, por su trabajo; ahora que ha conseguido que le suban el sueldo, la vida familiar pasó a segundo plano.

Es verdad que vuelve pronto y sin su madre. La señora Maruja insiste en mantener la pensión para estudiantes, si no trabaja se muere, prefiere trabajar hasta morir. Es tan raro ver a la Meche sin maquillaje, a estas horas. Pone los vasos en la mesa, saca una botella de vino blanco. Llena los vasos hasta la mitad. Cuando me mira yo sé que lo que viene es un desastre.

—Dijimos, hace tiempo, que nunca nos engañaríamos, que si el amor se acaba es que es

así y no hay nada que hacer. La traición es lo peor en estas cosas. Pero ya te he engañado, estoy enamorada de otro...

-Pero si recién, hace tres días, hicimos el...

-Sí, estaba engañando al otro contigo. No lo entenderías.

-Puedo, si me lo explicas.

-Es que no tiene sentido explicar algo a estas alturas. Lo que tienes que saber, lo que tengo que decirte, es que me voy. El asunto económico es medio complicado, me doy cuenta.

-¿¡El asunto económico!?

-Si resulta que soy un caso de frialdad extrema, créeme que lo siento mucho. Si no me conoces, mala suerte, para peor todavía. Con lo que ganas vas a vivir al justo, te daré una pensión para la Kitty...

-Ah, no le gustan los gatos.

-Menos mal que se te ocurrió algo divertido. De tragedias ya tengo suficiente con el entierro de la tía Marta.

-Sí, perdona. No lo dije como chiste.

-Osvaldo, vamos a ser civilizados, ¿verdad?

-Claro. Es que no entiendo mucho lo que pasa.

-Tómame ese vino.

-Ojalá estuviera envenenado.

-Se me escapó ese detalle.

-Lástima grande.

—Yo te quiero, lo paso bien contigo cuando hacemos el amor, tú sabes que me gustas, no soy capaz de simular, ya sería lo último. En eso no hubo engaño. Pero mi vida es otra.

—Que no me has contado.

—Si no te lo conté fue porque ni yo lo tenía claro. Encontré otra persona que, me parece, es... Ni siquiera sé cómo es, pero me gusta, quiero ser su pareja. ¡Qué más voy a decirte! Mira cómo estamos, yo me tengo que ir, soy yo la que te deja, y no sé adónde iré, soy calculadora, pero en esto no, me siento responsable por la Kitty y por ti, es mi culpa.

—Quédate tú, yo me voy.

—No. La tía Marta me dejó algo de plata. Tú no tienes nada. ¿No dijimos que íbamos a ser civilizados? Yo me llevo todo lo mío, quiero decir mi ropa, algunos libros, lo demás te lo dejo, no lo quiero, estoy hablando en serio. Si hay algo que odies, lo echas a la basura. Ya veremos más adelante. Sólo haré una maleta. ¿No quieres otro trago?

—Sí, por favor.

Hace sus cosas, va de un lado a otro. Habla. No sé qué dice. Se detiene.

—Osvaldo...

—¿Sí? —la esperanza me lanza un puñetazo a la mandíbula.

—¿La Kitty está mejor? La noto rara.

–Está muy bien. Le sacan los puntos la próxima semana –mientras de más arriba caes, más fuerte el costalazo.

–Ah. ¿Qué estaba haciendo? Ah, sí, el cepillo.

Entra al baño. La sigo. Se mira en el espejo.

–¿Tú crees que estoy loca?

–No. No creo.

–Es tan ridículo este asunto. Una se siente diciendo lo mismo que los personajes de una película, ¿no te parece?

–Cierto.

–Por no decir lo mismo es que me callo.

–No importa que sea igual, ya sabes lo que quiero preguntarte.

–Yo no sé nada.

–Me da ver... ¿Es definitivo?

–Claro, esa frase la dicen siempre.

–No oigas la frase, no más, oye el sentido.

–¿Qué dijiste?

–¿Es...?

–Sí. Totalmente. Ah, sí, de eso estoy segura. Podría ser tu amante, otra vez, pero tu mujer, lo dudo.

–Claro, son dos cosas distintas.

–Te llamaré por teléfono todos los días.

–Hasta que dejes de llamarme.

–Tú me entiendes.

–¿Tú no me entiendes?

—Sí, mejor que antes, pero ya no te quiero.

Después de eso no hablamos más, ni una sola palabra. Hace su maleta, se despide de la señorita Kitty, como si ella entendiera, no entiende nada, excepto que la están apretando demasiado fuerte, pone cara de protesta, que la suelten, cosas de la gente, de los brutos que andan en dos patas. Le bajo la maleta, se va en un taxi.

Al volver la señorita Kitty vomita algo verde. Había masticado las hojas de una planta.

Los que conocen a los gatos, saben cómo son las cosas. El gato te puede amar con pasión insana, chorrear babas contigo, puede mirarte con ojos entornados, diciéndote piropos mentalmente por horas, sin descanso. Pero, anda a agarrarlo con fuerza, para que no se escape. Quiere irse enseguida, hasta puede rasguñarte, rezonga, se revuelve, se va lejos.

Somos muy civilizados. Nos encontramos en terreno neutral, como se dice, para almorzar en Los Arcos, en la plaza Lyon, entre copias en yeso de metopas griegas. Ella está más estupen-

da que nunca, o así me parece a mí. Yo vine lo mejor que pude, lamentando no haberme hecho un trasplante de pelo. Aunque había preguntado por el precio de un peluquín, incluso me lo probé, me pareció un recurso de loco desatado. Se habría revolcado de la risa. De todos modos se reía bastante, pero por otros motivos. Almorzamos en el segundo piso, no había mucha gente, el verano estaba adelantado. Dice que ya tiene una abogada, que quiere la nulidad del matrimonio, echa pestes contra las leyes chilenas, que es increíble que en un país que se las da de tigre del Pacífico no existan leyes de divorcio.

—Por suerte el Martín ya anuló su matrimonio. Un problema menos. Tiene dos hijos, al mayor lo conozco, tiene catorce, el menor está enfermo, con nefritis, es un problema bastante serio a los riñones. La ex mujer, la Mónica, es bonita, pero tiesa como palo de escoba, nos encontramos con ella y el hijo mayor en el supermercado. Todos nos pusimos como tomates. Pero el Martín es tan seguro, manejó el asunto como diplomático profesional, hasta creo que fue una suerte. No hay nada que ocultar. Claro que no les dijimos que estamos viviendo juntos. Total, para qué, si es una prueba. ¿Cómo has estado tú?

—Bien, sin novedades. La Kitty te echa de menos, se sienta en la silla, frente a la puerta, y

te espera durante horas. Le sacaron los puntos la semana pasada, ya le ha crecido un poco el pelo, está preciosa. ¿Cuándo vas a ir a buscar tus cosas?

-De eso quería hablarte, además, por supuesto. Yo creo que si tienes tiempo una de estas tardes, cualquiera, esta semana, sería regio. Prefiero que estés ahí.

-¿Por qué?

-No sé. Puras manías. No, es que es ridículo que hagamos las cosas como si fuera un juego a las escondidas. Estamos de acuerdo en todo. No hay problemas. No sabes lo que te lo agradezco, te juro que te has portado increíble. Demasiado bien. He llegado a pensar que esto fue un alivio para ti, que estabas deseando que me fuera.

-Sabes que no.

-Mira si seré bruta. Hablo de más. Bueno, lo he pensado. ¿Qué has hecho?

-Clases.

-¿Y aparte de eso?

-Estoy revisando las revistas.

-No me digas. ¿Las historietas viejas?

-Claro. Ocupan mucho espacio. Quería ver si valía la pena guardarlas todas, o vender algunas.

-¿Y para qué quieres más espacio? No me digas que ya me encontraste una reemplazante

–me dan ganas de pegarle. Está mirándome con cara de haber dicho algo simpático, hasta ingenioso. Pienso que estará nerviosa, por mucho que se las dé de las que no se inmutan. La verdad es que la quiero, no sé qué voy a hacer sin ella–. Osvaldo, ¿no vas a llorar, no es cierto? Este es un sitio público.

–Llevamos muchos años juntos. Lloraría igual si se muere la señorita Kitty.

–De eso no tengo ninguna duda. Pero yo no me muero. Si me quieres deberías alegrarte por mí –o está mal de la cabeza o es una insensible fuera de lo común–. Sé lo que estás pensando. Que ya no puedo decir más estupideces –suspira, me sonrío con ternura–. Esto tiene que doler, es inevitable. Tratemos de superarlo, por favor –le sonrío. Ella mantiene su sonrisa de amiga–. Cuando vas a llorar se te aclaran los ojos, se ponen color ámbar. Si quieres seducir a una mujer, emocionate un poco, se va a caer de espaldas.

–Contigo no resulta.

–Pero resultó durante muchos años.

Bueno, hasta ahí, no más, llegamos.

Ya no tengo cabeza para leer las últimas novelas. Me distraigo, me pongo a pensar en la vida

que lleva la Meche, con su amante. Se lo pasarán haciendo el amor, dale que dale, los viciosos. Sigo mirando las historietas. Los tomos de la revista *Don Fausto* tienen mucho texto, pocas ilustraciones, los puedo vender sin pena.

Esta historia se llama "El muñeco diabólico".

"De pronto un gong tocó una señal y las danzas cesaron repentinamente. Las figuras que danzaban, jóvenes medio desnudos, se tendieron de bruces sobre las alfombras. (¡Una bacanal!) Saib avanzó hacia la mujer que encarnaba a la diosa de la muerte, y pronunció las primeras palabras de un himno sagrado. Durga se levantó majestuosamente, y bajó envuelta en el verde resplandor de las llamas de las antorchas (¿verde?), diosa negra con uñas de oro. Su bello cuerpo, velado solamente por cintillos de perlas (ahora me explico por qué me entusiasmaba con estas sencillas historias para niños), se desperezó con armoniosa languidez, como si saliese de un prolongado letargo en el fondo de los infiernos (la estoy viendo). Y empezó a danzar... Ya no era Durga, la diosa de la muerte; era Venus,

la Venus ardiente, de pechos crueles (¿por qué crueles?, ¿por qué crueles?), nacida en las cenagosas aguas del Ganges, el río sagrado (ésta es una revoltura mitológica espantosa). Y a su alrededor las figuras inmóviles de los iniciados, figuras que parecían cadáveres, recobraron color de vida. Los ojos de Saib Khan se humedecían de voluptuosidad (como los míos). Y Cristina, en el fondo de su conciencia insensibilizada, pensaba: Parece un vendedor de caramelos. Y un lúgubre gemido se exhaló de todos esos pechos cuando Durga se desplomó agotada sobre la alfombra, con los brazos en cruz y la boca abierta, como si acabara de lanzar el último suspiro.

-¡Ha muerto Durga! ¡Ha vuelto a los infiernos! ¡Se ha ido la negra diosa de las uñas de oro! ¡No hemos sabido guardarla entre nosotros!

Los gemidos se renovaron. La voz de Saib preguntó a gritos:

-¿Qué se necesita para hacerla renacer?

Y todos respondieron al unísono:

-¡Sangre, sangre, sangre!

Desde el principio de la ceremonia Jorge de Curteray había estado tendido a su lado, aguardando el momento de pronunciar la palabra fatal, que iba a hacer de Cristina su

nueva víctima y su nueva esposa. Y el marqués vampiro (¡flauta!) agregó:

—¡Doy a Durga la sangre de mi nueva esposa!

Y todos respondieron:

—Himeneo... Himeneo... (uséase:)

Cristina ahogó un grito de angustia, y distendió todo su cuerpo, en un exasperado deseo de evitar el suplicio que se preparaba (¿No debería de haberse contraído, más bien? Se estaba poniendo en bandeja, la cochina). Ya no tenía fuerzas ni para cerrar los ojos. Porque cuando se está a las puertas de la muerte se precisa de la ayuda de los vivos para cerrar los párpados. Y el marqués de Curteray le hubiese negado ese auxilio para gozarse en la contemplación de aquella mirada agonizante, que le proporcionaba un deleite sobrehumano (sádico, el gallo), mientras le murmuraba a la infeliz Cristina: ¡Cómo te amo, Cristina!... ¡Cómo te he amado siempre!... Cristina permaneció inmóvil; pero sus ojos abiertos expresaban un horror indecible..."

(CONTINUARÁ)

¿Encontrarán su castigo todos estos horrores y crímenes? No hay duda que sí. (a ver, aquí tiene que ser "de" que sí. ¿De qué no

hay duda? Claro, de que.) La justicia está ya sobre la pista de estos monstruosos adoradores de ritos de horror y de muerte, y muy pronto dejará caer sobre ellos su mano, que ya no los soltará. Pero, mientras tanto, ¿qué ha sido de Gabriel? ¿Y qué hacen el doctor Jaime Cotin y el relojero Norton? ¡Plenos de imprevistos cuanto dramáticos sucesos están los capítulos del próximo número! ¡No deje de leerlos!

Mi mano hace el mismo trabajo de la adolescencia, tendido bajo la terrible diosa Mercedes, su hermoso cuerpo sólo cubierto por cintillos de perlas, me clava en la espalda sus uñas de oro, estoy chupándole sus pechos crueles.

Ahora que estoy dispuesto a la aventura, todo me parece erótico. No puedo seguir excitándome con esas porquerías. Yo, que me vanagloriaba de tener cierto efecto en mis alumnas, me encuentro con que sus miradas son, apenas, afectuosas, nadie me mira como se mira a un hombre.

¿Dónde se encuentran mujeres en esta ciudad de mierda? Estuve demasiado tiempo sién-

dole fiel a esa idiota, es culpa de ella, seguro que es muy tarde para mí. ¡Pero sólo tengo cuarenta años! Dicen que el cero es lo que jode. Los treinta, los cuarenta, llegarán los cincuenta, si es que no me muero antes. Y solo. No debí dejar que se fuera tan tranquilamente. Todavía es tiempo de recuperarla. Le va a ir como el forro con ese güevón y volverá calladita, haciéndose la tonta, yo la perdono.

Mujer desatinada. Vino con el gallo a buscar sus cosas. Para humillarme, claro, porque el tipo tiene buena pinta y mucho-mucho pelo. Facha de maraco. Yo diría que se ve más joven que ella, pero parece que es mayor. Si tiene un hijo de catorce, tendrá mi edad, más o menos. A lo mejor se tuvo que casar por dejar a la mujer embarazada, fuera de programa. Le ofrezco un trago mientras la Meche revisa el closet y va tirando su ropa de invierno sobre la cama. Yo me esmeré para tener el departamento como espejo, la Kitty nos salva del vacío espantoso del silencio.

-Qué gata tan bonita -dice el maraco.

-Se llama señorita Kitty.

-¿Así que ésta es la Kitty?

-¿No le gustan los gatos?

–De gustarme, me gustan, pero de lejitos –está sonado el pobre infeliz, yo le doy cuerda.

–La Meche los adora.

–Ya hablamos de eso. Con ella, quiero decir. No podemos tener uno en el departamento. No hay espacio. No tengo un baño extra.

–Perdón, ¿qué va a tomar? ¿Whisky?

–¿Tienes? –¿qué se cree el concha de su madre? La cretina de la Meche le ha dicho que soy un indigente. Y me tutea, para más recacha.

–Claro, si no, no te ofrecería –lo miro con cierta lástima. Quedó desubicado.

–Bueno, gracias. Con agua, por favor. Tengo que manejar –claro. Tiene auto. No se pudo privar de anunciármelo–. Mira, bien simpático el departamento –oigo que dice, mientras saco el hielo. Como si yo no supiera lo que significa “simpático” para los cuicos: algo que no es del todo miserable–. Me parece que vi un lindo gatito –no puedo creer lo que oigo. La Meche se rió al oír una originalidad tan deslumbrante. Se rió de él. Juro que no entiendo. Me pongo el hielo en la frente un segundo, así me calmo, después lo echo en su vaso. Le pongo bastante whisky, en una de éstas tiene mala cabeza y choca. Yo me sirvo el mío, más prudente. Le gusta este tipo detestable. Por el pelo, seguro. No puede ser una persona tan elemental, tan

obvia, esta yegua, mejor que se vaya y me deje tranquilo. Le entrego el vaso—. –Gracias. Oye, la gata tiene algo en el cuello.

–Un tumor.

–No me digas. Permiso, me voy a lavar las manos.

–Está operada.

–De todos modos, por si acaso –entra al baño, me pongo a mirar cómo la Meche echa su ropa en una maleta grande, la ropa interior y las chombas las echa en una bolsa de tela azul marino, de marinero. Me lanza una mirada.

–¿Qué te parece?

–Peludo.

–Ni tanto. De cuerpo es muy lampiño.

–Por favor, dame todos los detalles. Estoy ansioso por saberlos.

–Perdón. Perdón. Perdón. Te dejo las toallas, la mía grande incluso. ¿Te acuerdas dónde dejé las botas?

–Están al lado mío.

–Ah, sí, de veras –echa las botas y zapatos en la bolsa, ya está repleta. Tiene otra. Me dan ganas de preguntarle si se va de verdad, si no es una broma. Menos mal que me callo—. ¿Sabes qué me gustaría, Osvaldo?, te juro que hablo en serio, venir a ver a la Kitty, de repente. Me siento muy culpable con ella. Contigo igual, pero es

distinto porque la relación y 'as responsabilidades son diferentes.

–Por supuesto. Puedes venir cuando quieras.

–Prefiero establecer un día. Mira, lo mejor sería que viniéramos a almorzar los sábados, yo te traigo empanadas, una pizza, cualquier cosa. Tan amigos como antes, sin culpa, a lo mejor nos recibes con tu nueva pareja. Señor, ruego a los cielos que así sea.

–Me parece una idea estupenda –me mira y me dice, gracias a la Kitty sé leer las miradas, que por eso le gusto, porque soy civilizado. El maraco se acerca con su vaso.

–¿Puedo ayudarte en algo?

–La mejor ayuda sería que me dejaran sola. Me distraen.

Nos vamos al living, el sofá es modesto, me doy cuenta. Hace falta una lámpara en ese rincón. Otro cuadro.

El maraco se viste como que tiene plata, sencillito, todo comprado en el Parque Arauco, los zapatos relucientes, parece que fuera la primera vez que se los pone. En cambio los míos están trabajados por la señorita Kitty, que se arregla las uñas en ellos cuando quiere que le preste atención. Lo mismo pasa con mi sweater, que es la víctima de su pasión continua. Abandonado. Dejado de la mano de Dios y de la Meche.

—Oye, Osvaldo, no creas que le tengo asco a la Kitty. ¿Sabes lo que pasa? Es que mi hijo más chico está muy enfermo, nefritis, los riñones, tenemos que preocuparnos de las defensas, no sé si me entiendes, tenemos que andar con cuidado, una infección y... bueno, imagínate. No quiero ni pensarlo. Es por eso, no es que me dé miedo por mí, ¿me entiendes? Los cabros tenían un perrito salchicha, tuvimos que regalarlo, por lo mismo. Triste, pero son un foco de infecciones —el tipo parece buena gente, pobre. Si sufrí por la enfermedad de la Kitty, ¿cómo será lo que siente un padre?—. La vida te cambia las reglas del juego a cada rato.

—Super exacto.

—Perdona si he metido la pata en algo, yo no soy tan relajado como la Mercedes, estoy nervioso, pero la verdad es que tú me pareces buena onda, quiero decir, yo sé que sabes que uno no programa lo que pasa. Hay un refrán latino antiguo, ¿has leído a Joseph Campbell?, ahí sale, el refrán dice que el destino arrastra sólo a los que se dejan arrastrar. Me pareció el descueve como frase, es decir, como idea. Yo intento, ¿sabes?, no dejarme arrastrar. Aunque no tengo claro en qué consiste, yo, lo que trato, es hacer las cosas lo mejor posible, hasta donde se pueda, lógico, santo no soy, ni siquiera beato. Mira, qué increíble, contándote mi vida, poco

menos. Algo sé de ti, la Mercedes te encuentra fabuloso, a veces me dan celos, lo que pasa es que está en un momento crítico de su vida y nos encontramos justo en el minuto adecuado, eso pasó, es embromado hablar de estas cosas. Me gustaría que nos tomáramos un trago, un día, no aquí, se entiende. Si nos enamoramos de la misma mujer será que somos parecidos, no sé si tendrá que ver, es la primera vez que me pasa algo de este tipo, a ti lo mismo, me imagino.

El tipo es débil y está muy asustado. No es para menos. A lo mejor no es tan maraco. La situación es bien increíble, pero es que la Meche supone que todos somos como ella, y eso sí que es una falsedad del porte de un rascacielos, yo, por lo menos, creo que no es cosa de mala voluntad, pero hay amistades que son imposibles.

Momentito. Si quiero recuperarla, como base fundamental, no debo perderlos de vista.

—No tengo nada contra ti —le digo, bien sincero—. Cuando llegaste, me caíste re mal, pero me doy cuenta de que estábamos supercomplicados. Imposible más tensos. Menos mal que hablamos.

—Sí, menos mal.

—¿Dónde están viviendo? Si no es indiscreción.

—Tai loco, pa nada. Tengo un departamento chico, como éste, más o menos, en la Avenida

Colón, un poco lejos, pero estai a un cuarto de hora de todas partes, nuevecito, bien simpático. Medio pelao, me falta un montón de cosas, pero voy saliendo adelante. La enfermedad del Juan Pablo es la que me tiene en la crujidera, y eso que la madre trabaja. A lo mejor la Mónica te gustaría. ¡Hay que ver que soy bruto! Mira lo que pienso, intercambio de mujeres. Bueno, eso antes se hacía, me han contado, en las épocas en que no había tanta crisis moral como ahora.

Se ríe. Simpático el gallo, la conquistó con el palabrerío. Esa puta se vendió a cambio de un discurso. Seguro que le dirá cosas con el mismo estilo: Oye, Mercedes, me tenís impresionao, puchas, tenís estilo, y las piernas, Dios me libre, oye, ganaríai premio, las pechugas, oye, te juro, me dejan aturdido, ¿me dejai que te toque, me dejai en estado de ebullición, me dejai que te bese, me dejai? ¿Quién se tiró a quién en esta lucha de titanes? Lo cierto es que a mí me tiraron a un lado. Si me tuviera que vengar de alguno, sería de la Meche, la quiero a la sincera, a la torpe, sin criterio, hay que ver que la quiero sin remedio.

—Señorita Kitty, no moleste. Mira, parece que te tomó cariño —señorita Kitty, ayúdame a vengarme, yo no sé cómo se hacen esas cosas, no tengo cabeza, usa tus antenas, ¿no eres bruja?, quiero que todo vuelva a ser como antes, que se

les pase la calentura, que no se le vuelva a parar en la vida, que tenga eyaculación precoz, el cara de raja-. Qué envidia los gatos -digo-, ésta está vieja y mírala, nadie sabe, sigue igual de bonita -la Meche será vieja, eso le llega a todos, tendrá que operarse para mantenerse bella. Tendrá arrugas, tendrá muchas arrugas esa desgraciada. Si este tipo la bota, la recojo-. ¿Oíste ese chiste que anda ahora? El tipo que le dice a una galla estupenda, al despedirse: A las ocho te recojo. Y ella le dice: Eso será si yo me redejo -leve pausa-. Es un chiste medio español, no sé si sabes, allá coger significa...

-¡Qué güevón! ¡No lo había cachado! -se ríe-. Recojo. Redejo. Divertido. Perdona, es que estoy lento. En el diario están de moda las historias de maestros Zen, no son chistes, pero nosotros nos matamos de la risa. Como ese del maestro Zen que se para delante de sus discípulos para pronunciar un sermón. En el momento en que abre la boca, canta un pájaro, como cantan los pájaros, corto y sencillo. Entonces el maestro Zen dice: "El sermón ha sido pronunciado." ¿No lo encontrais genial? A mí me hacen mucha gracia.

-Yo me sé uno.

-¡No me digai! ¡A ver, cuenta!

-Va un maestro Zen por un sendero, al borde de un precipicio, y le sale al camino un tigre

feroz, de esos come-hombres, y el maestro se tiene que deslizar por la pendiente. Se agarra de unas raíces, a punto de caerse, justo a tiempo, porque abajo lo espera otro tigre, más feroz que el primero. Las raíces empiezan a ceder, en cualquier momento el maestro Zen caerá en las garras de la fiera.

–Oye, es genial, éste es genial.

–Entonces el maestro Zen ve que las raíces son de una vid, y que hay un racimo de uvas estupendo. Sin perder un instante se echa las uvas a la boca y dice: “Ñam, ñam, estas uvas están exquisitas.”

–Ah, genial, ése es lo máximo –lloramos de la risa. El tipo se revuelca. Es que nos reímos de nuestra propia vida. Entra la Meche, con cara de “¿no creen que se les está pasando la mano en lo amistosos?” Me hace volver a pensar en las maquinaciones que ya se me estaban olvidando. Ruina. Ruina y destrucción.

–Estoy lista. Nos vamos.

–¿Oíste el cuento del maestro Zen y los tigres?

–Todo. Este departamento es un pañuelo. Se oyen hasta los pensamientos –Martín va a buscar las maletas y las bolsas. Ella se queda mirándome, su mirada dice ahora: ¿Qué estás tramando?, su voz dice–. El sábado que viene tengo un problema, se me había olvidado, un

trabajo, un cóctel en una embajada, imposible dejar de ir, una lata, pero es la última vez que te fallamos. Tendría que ser el otro sábado.

–Sobreviviré hasta entonces.

Los ayudo a bajar las maletas y los dejo en el auto, que es un Honda. Antes de partir, Martín me grita:

–¡Ñam, ñam, las uvas estaban exquisitas!

Tipo simpático.

En estos días de espera, me baja una ira desatada contra la traidora. Me cuesta concentrarme en las clases, los alumnos me pillaron en dos contradicciones, se me hizo un enredo al hablar de la evolución de la crítica, me metí en otro tema, ni yo mismo me entendía, estaba en otra, tuve que pedir disculpas. Se me acercó una alumna del año pasado, quiere ser mi ayudante, está muy interesada. Es más alta que yo, dice que nunca bajó del seis coma cinco. Sus pechugas son hipnotizantes. Catedrales de carne temblorosa. Que podría ayudarme a corregir las pruebas. No es una belleza, pero no está nada de mal, parece una amazona, la idea de meterme con una alumna me da náuseas, una cosa es la teoría y otra la práctica. Claro que ya no es alumna mía. Es una ex. Se llama Frida.

Anduve vagando por el centro, los kioscos están llenos de revistas con minas mostrando todo lo posible, y los cabros chicos ven esto, potos, tetas, muslos aceitados, se recalentarán los pobres. Hay para mujeres, con gallos en pelotas, para homosexuales, ésas deben ser increíbles. En algunas de historietas que están en envases de plástico sellados, afuera se lee: "Alto contenido erótico", con letras rojas. Me compro dos de Milo Manara, el dibujante italiano, con unas tipas que, francamente, ya no se ha visto cosa más lanzada. Las guardo en mi carpeta, superescondidas. Estoy haciendo cosas de hombre abandonado por el mundo. Cometo una locura, me compro una peluca de pelo natural, tengo que dar un cheque a fecha porque es muy cara para pagarla cash. Es de color castaño claro, me parece que me veía así cuando tenía pelo. Tanto más joven que me deprimó. Me la pongo en el departamento, y pienso que, si llegara a ir a un lugar en que nadie-nadie me conoce, tal vez me atrevería a usarla. Pero eso es un sueño. Una historia de un maestro Zen. No, éstos son todos pelados.

La señorita Kitty es la única que no se ríe de mí, por la peluca. Cuando me la pongo me mira con la misma cara enamorada. Para ella es un sombrero. Tampoco sabe lo que es un sombrero, es como un animal muerto que me puse

en la cabeza. Pelos de otros cuerpos. Pelo natural, tiene que ser de una mujer. ¿Cómo sería? Castaño claro. Pobre. Vendió su pelo. Si la encontrara. Posible. No sabríamos, pasaríamos de largo, pensando en otra cosa más que fijo.

Le doy los últimos restos de jamón a la glotona, está de fiesta. Soy el único capaz de reconocer su alegría, pero ella finge no darse cuenta de que estoy en el hoyo negro.

La Frida mide por lo menos un metro ochenta, seis centímetros más que yo, y, además, es corpulenta. Como las amazonas de Hogarth.

TARZÁN de Edgar Rice Burroughs, dibujada por Burne Hogarth, 1939. "El duelo."

En el primer dibujo una amazona rubia amenaza a Tarzán con una lanza, está a punto de enterrársela en el pecho, no me había fijado que Tarzán no tiene tetillas, tampoco Flash Gordon, ni ninguno de esos que andan casi en pelotas, mostrando la cuerpada, yo debería hacer gimnasia. ¿Qué pasará con las tetillas? ¿Serán muy porno-

gráficas, muy excitantes, que las eliminan siempre? Tampoco tienen pelo en el pecho, ni en los sobacos. Son lampiños.

"¡Amame o mueres!", grita Kuleeah, furibunda. Anda con poca ropa, pero con un collar de perlas de dos vueltas, como gargantilla. Tarzán no se inmuta.

"¡No!", exclama otra amazona, "No puedes tenerlo, a menos que lo conquistes en una pelea limpia." En este cuadro, Tarzán y Kuleeah, el nombrecito, están en un puente colgante y, las mujeres, al fondo, en casas construidas sobre la copa de los árboles. En primer plano hay hojas de palmera. Lo raro es que el taparrabo de Tarzán es del mismo rosado intenso del minúsculo traje de ella.

"¡Pelea; ¡Pelea!", grita el excitado coro.

"Bien, lucharé... y lo poseeré", exclama Kuleeah, levantando los brazos.

Estas Amazonas son unas zafadas. El próximo cuadro es como para mandárselo ampliado a la Frida. Kuleeah, agarrada de una liana, lleva a Tarzán en brazos, justo al revés que Tarzán con la Jane. El texto dice: Entonces ella alza a Tarzán y lo lleva entre los árboles. El no opone resistencia. Bueno, a cualquiera se la doy, yo tampoco, me quedaría bien callado. Que sea lo que Dios quiera.

El cuarto cuadro es una maravilla. El resto de las Amazonas, en patota, rubias, pelirrojas, castaño claro, ni una sola negra, ¿esto no ocurre en el África?, se lanzan juntas por las lianas, parece que fueran en columpios, todas tienen buenas piernas, todo bueno.

“Alegremente las mujeres arbóreas bajan a presenciar la lucha.”

Una Amazona en traje calipso, arrodillada a los pies de Tarzán, que está de cuerpo entero, mucho músculo, haciéndose el natural, le ofrece un montón de bastones. “Elige uno”, ordena. Son mandonas, como la Mercedes.

Una mujer con capa negra, que parece raso, se acerca al cuerpo en disputa, y tapándose la boca para que las otras no lo noten, dice: “Y escoge con cuidado. Porque Kuleeah es la más fuerte de nuestra poderosa raza.” El escucha atento, con las cejas levantadas, lo de la falta de tetillas es bien raro.

Acá tenemos un trasero femenino casi en primer plano, es un poto color calipso, la misma que reparte los bastones, se los ofrece a la fortachina. “Tarzán toma el más pequeño, Kuleeah nota este gesto de desprecio y toma el más grande.” Otro cuadro. “A una señal, la salvaje Kuleeah se lanza sobre él. Cuando se acerca, Tarzán arroja lejos su

bastón." Tal como se lee, se muestra en el dibujo, ella en primer plano, él atrás, dejando caer el palo. En el próximo, "la agarra de la muñeca, se la dobla y la hace caer suavemente sobre un hombro." La verdad es que parece que le hubiera sacado la mugre. Feroz costalazo de la violadora en potencia. Aquí "las Amazonas se echan a reír (en segundo plano), Kuleeah se levanta maldiciendo. Había planeado desarmarlo o noquear a su oponente, pero ahora..."

En el último dibujo de la página, la tremenda mujerota, mucha pierna, ya me quisiera yo esos brazos de fisicoculturista, se me lanza encima para matarme, si es necesario, enloquecida de rabia.

Próxima semana: El cautivo.

Ni esperanza de que va a haber sexo explícito en un dibujo de 1939. Además los personajes de historietas de esos años eran fieles como enfermos. Flash Gordon tuvo cientos de oportunidades de acostarse con la reina Desira, con la reina Azura, con Frida, momento, se llamaba Frigia, ¿qué diría Freud?: que quiero acostarme con la susodicha, con Arial, con Gluma, docenas

de mujeres con poquísima ropa, todas cayendo a sus pies, como moscas, y él les coqueteaba un poco, bueno, qué otra le quedaba si eran reinas las que se le tiraban al dulce, tampoco les iba a hacer una rotería, pero su corazón era de Dale Arden, que era estupenda, claro que, para mi gusto, las otras eran mejores. Mejor que la Meche, eso sí que va a ser difícil, yo no creo que encuentre. Pero ahora que la amazona está en brazos de su lampiño melenudo, sin tetillas, dijo el picado, me dan unas ganas de engañarla. De vengarme, de olvidarla, de agarrarla de la muñeca y hacerle un paso de jiu-jitsu, dejarla tendida en el suelo, echa pedazos, con coro de risas burlonas en segundo plano.

Esto duele.

Siento algo así como taquicardia.

Coma, señorita Kitty, la carne no está fría. ¿Ni un pedazo de queso? ¿Qué le pasa? ¿No tiene hambre? Yo tampoco. Es el abandono.

Llega el sábado. He decidido ser un buen perdedor, mejor dicho: aparentar que lo soy. No queda otra. Trato de recordar un modelo que me guíe en una simulación tan extraordinaria. ¿Quién? Alguna de esas mujeres de Dostoievsky, preferible Charles Dickens. No, tampoco se trata

de transformarse en un caso perdido. Genoveva de Brabante. Los soldados rusos, que eran fieles a sus novias y a la madre patria. Con no parecerme a Otelio es suficiente. Frida no se interesa en mí. Y, si se interesara, no es como para presentar a una mujer tan alta, sería casi como recibirlos con la peluca puesta.

Anteayer me llamó una alumna, para nada, para decirme algo absurdo, si iba a ir a clases el viernes. Pensé que había un mensaje oculto, pero me puse seco, como estaca, puede ser que esta niña tenga un panorama y va a faltar a clases, puede tener problemas de asistencia. Dijo que se llama Jessica. No la ubico. La vida es complicada. Estamos en noviembre, falta un mes para salir de vacaciones, ¿qué va a ser de mi vida?, ¿de mis días y mis noches? Visitaré a mi madre. Con eso tengo ganado el cielo.

La Mercedes y el Martín tienen un problema. Ahora el hijo enfermo es problema de los dos. Le están haciendo diálisis dos veces a la semana. Cuesta una fortuna. Eso no es nada, lo complicado es que parece que el cabro está bastante deprimido, ya no juega al Atari, se aburre con la televisión, se cansa cuando lee. La Meche toma a la señorita Kitty como si fuera un finísimo jarrón de porcelana lleno de agua y con flores, le habla como si fuera tonta, me pide la peineta para amononarla. Las traidoras se ado-

ran. Esas miradas de amor me pertenecen, son mías, ¿cómo es posible compartirlas? El Martín ha tomado otro trabajo, o sea, tiene tres y el tiempo no le alcanza para nada, tiene cara de cansado. Yo pensaba atacarlos y, como de costumbre, algo me saca de la ruta programada, termino consolándolos. Se me ocurre una idea genial, prestarle al cabro enfermo las revistas viejas. Ese maraco del Martín me abraza con los ojos rojos, está a punto de llorar, pero se aguanta. Dice que me pasé de generoso. Que no es por las revistas, que es el gesto. Yo me siento tan bueno como el Príncipe Idiota. La Meche no me mira, se concentra en peinar a la señorita Kitty, que está en estado de éxtasis, con el alma casi fuera de su cuerpo, si empezara a flotar no me extrañaría. Una gata que levita, pase a verla.

A lavarse las manos, comer las empanadas, un vaso de vino blanco. Me pongo a hablar para que se oiga algún ruido.

–Estoy siguiendo tus consejos.

–¿Cuáles ? Te di tantos –dice ella.

–Estoy saliendo con alguien.

–¿Por qué no la trajiste?

–No es para tanto. Y es más alta que yo – digo, pensando que, si me resulta con la Frida, ya están advertidos, no lo encontrarán tan pintoresco.

–Bueno, eso debe ser interesante –dice él.

-Yo me siento ridículo.

-Un hombre solo no es ridículo, pero es mucho más triste -ella.

-Bueno, yo, cuando era lolo... eh... No. Mejor no cuento -él.

-Ya empezaste. Sigue -ella.

-Es que... No. No es pudor. Es que estoy en otra onda -él.

-Y todos tenemos que seguirte.

-No es eso.

-Entonces, ¿qué es? Por favor, dilo. Osvaldo es una persona adulta, tan adulta como yo. No quiero hablar del trabajo, ni de enfermedades, las experiencias del pasado lejano me parecen un tema interesante, así nos conocemos mejor, los cuatro. Estábamos en que te acostaste con una mujer muy alta, ¿y?

Con lo que les deseo la desgracia, esto me supera. La Mercedes saca sus colmillos, Drácula corre a esconderse en el ataúd más alejado en la cocina.

-Ah, no quieres hablar de enfermedades, ¿sabes por qué? Porque estás sana. Anda a enfermarte y ahí veremos de lo que se habla.

-Me estás diciendo que soy una egoísta espantosa. Que no me preocupo de ti y menos del Juan Pablo.

-No dije eso.

-Lo diste a entender muy claramente.

–No, no, no, eso no es verdad.

–Osvaldo, ¿tú qué entendiste?

Yo vuelvo y llevo los platos a la cocina, no puedo opinar, estaba preocupado de otra cosa, sirvo helados con un chorrito de whisky encima, como me enseñó mi padre, hace siglos. En el comedor discuten con violencia y en voz baja. No quiero oír, me da pena la condición humana, no es posible ser feliz por mucho tiempo. No me alegra que peleen, tampoco estaría contento si estuvieran a besos. No sé qué es lo que quiero. Miro los helados, material fungible.

Espero un silencio y entro, con alegría falsa. Ella está herida, él está irritado. Yo estoy perdido, por eso es que sonrío como difunto.

Ya se fueron, casi divorciados antes del casorio. Le presté dos tomos del *Patoruzito* y dos de una revista que se llamaba *Salgari*, argentinas las dos. De colección, no se encuentran ni en los locales más especializados. Recuerdos del niño que fue mi padre, del niño que fui yo, después de mí no hay otro niño. Y ése, hacia el que viajan ahora las revistas, está dudoso, no sabe si se va o se queda.

No sé qué hago en el mundo, ésa sí que fue una mala frase viniendo de un profesor univer-

sitario. Qué ganas de ser gato, vivir con la señorita Kitty, que no se queja ni siquiera cuando algo le duele, en un galpón, jugando por un tiempo, el de unos pocos años.

CINCO

LO QUE ME EMPEZÓ a molestar en el Osvaldo fue una cosa tonta. Iba al baño y se bajaba el cierre del pantalón antes de entrar. Y no es que se estuviera haciendo, era algo nervioso. Iba concentrado pensando en que iba a mear y el resto del mundo no existía. Me lo callé, nunca se lo dije, ni se lo diría ni al borde de la tumba. Por supuesto, con lo distraído que es, se meaba un poco afuera. El piso del baño siempre estaba salpicado. Era imposible pedirle que se preocupara, que limpiara, porque eso querría decir que yo ya no podía soportarlo. Y no era para tanto.

Lo que me empezó a matar el amor es que su trabajo era sagrado y el mío debía postergarse si le daba por la diversión, en cualquier sentido, ya fuera la práctica o la teórica. Yo debía estar dispuesta para él. Y lo estaba, pero terminó por aburrirme lo que me pareció una forma de la indiferencia y, cuando tuve plata, empecé a to-

mar iniciativas. Era independiente. El problema que eso trae consigo es que quieres más independencia todavía. Uno debe parar en un momento, pero para eso es necesario que alguien te mire desde afuera y te lo diga y si no hay nadie, entonces sigues tus impulsos. Y mis frustraciones iban por el lado de la cama. No es que Osvaldo fuera frío, lo pasábamos regio, insisto en eso, era agradable, buen cuerpo, eso es importante, nada criticable. Estaba convencida de que la culpa era mía, sentía una especie de ansiedad de probar con otro, para ver si era cierto, o me estaba conformando con poco.

Cuando Martín se dio cuenta de que estaba dispuesta me invitó a su departamento, iba a la segura. No es nadita de tonto, aunque a veces habla demasiado y dice puras cabezas de pescado, le da miedo el silencio de los hospitales. Cree que mata con su estilo de familia antigua, abuelos con fundo, plata malgastada. Pero yo quería explorar en otro cuerpo y el que tiene él me gusta, aun cubierto de ropa. Era el mejor a mi alcance, y cuando lo toqué me di cuenta de que calculaba bien. Pero su forma de hacer el amor me dejó en otra órbita. Yo no soy una ingenua, si parece que estoy haciendo broma o autocrítica es una idea equivocada. Yo no sabía. Posiblemente no es extraordinario en eso, pero yo no me imaginaba que se podía llegar a tanto,

yo, que usaba a Osvaldo a mi antojo en el último tiempo, me encontré con la horma de mi zapato. Dichosa. Una se acostumbra a lo bueno en un instante.

En el departamento, tan pequeño como el nuestro, pero de un nivel desconocido para mí, no había casi nada. Lo esencial. Pero lo poco que había era lo mejor en su tipo. Tal como he dicho siempre, más vale poco, pero bueno. Por ejemplo: las copas. Sólo cuatro. Pero daba gusto tocarlas, tenerlas en la mano; el vino tinto, que me cargaba, se veía como sangre, como si estuviéramos haciendo una ceremonia privada en la sala de un palacio. Claro que exagero. El cambio me hizo volar muy lejos de lo que yo era. Una lámpara alógena, un cuadro de Nemesio Antúnez, una pareja bailando un tango, ella con un traje a rombos, esparciendo sus pedazos por el universo. ¿Para qué más? Caí en sus brazos. Cuatro brazos, cuatro piernas. Una araña.

No. ¿Qué digo? Lo más alejado de una araña. ¿O no? Todo era lento, como tejer una red espléndida. No nos desvestimos, las caricias eran sobre la ropa, por la ropa, reconociendo los tejidos y lo que estaba abajo, palpitando muchísimo, sin que importara el tiempo. Ahí le ganamos a la muerte. La detuvimos por un rato, ándate a la cocina, gata cochina, te estamos

manteniendo a raya. La intensidad llegó hasta las últimas consecuencias. Para mí. Fue evidente. Creí que ahí había que olvidarse del problema, pero era el aperitivo solamente. Les tocaba el turno a las miradas, empezar a mostrar de a poco, en eso es un maestro. Se sabía hermoso para mí, se mostró con delicadeza, quiero decir que, de pronto, lo natural era sacarse algo de ropa, qué curioso, desnudo no se veía delgado, yo seguía su ejemplo, me sentía demasiado perfecta, a plena luz, admirándonos de la genial naturaleza, de la suerte que tuvimos de tener un cuerpo sano, igual a todos, pero tan distinto, sabiamente armado para estos ejercicios. No creo que la carne te rebaje a lo animal, todo lo contrario, a mí me lanza al olvido de mi carácter, que es lo más espiritual que tengo y lo que menos me gusta de mí misma. Si es baja sentir el cuerpo, soy baja, pero vuelo por regiones donde Osvaldo apenas chapotea.

Reiniciamos el descubrimiento sin el estorbo de la ropa, la piel es un material tan fino.

Segunda vez que yo llegaba, gracias a sus dedos, a sus labios, y todavía no entraba en mí. Descansó de sus labores, me dediqué a atenderlo, le dije obscenidades, me concentré en su pelo, en soltarlo, en lamerlo, le puse cremas, lo vestí con mis joyas, lo mordí con dulzura, tal como lo hace la Kitty, se hacía el dormido, me monté,

sin contacto, galopé sola sobre su vientre liso, llegué a territorios nuevos, dando gritos de vidente. Me deslicé a la cama, a la espera, su cuerpo estaba intacto. Ya venía lo que yo esperaba.

Vino y me atravesó de lado a lado, de arriba a abajo, me puse líquida, fuimos uno solo, se acabaron las distancias, el arriba y el abajo, el macho y la hembra, lo divino, lo humano, la verdad y el engaño, fue día y noche, claridad deslumbrante, oscuridad extrema. Fue pasado y futuro, mejor quedarse y dedicarse a eso para siempre. Ahí sí que volví al comienzo de los tiempos, cubierta por su pelo largo, revuelto, mechones claros, tragándome su lengua, su mentón afeitado, dispuesta a los mordiscos primitivos, casi una caníbal.

Entonces no era culpa mía. Osvaldo era un aficionado, uno arriba, otro abajo y punto, mecánica, falta de vocación, un amante transitorio. Etapa superada.

No oculté mi entusiasmo, pero no me hice ilusiones hasta confirmar que para Martín el encuentro también había sido único, que quería volver a verme en el mismo lugar y con las mismas intenciones.

Todavía era muy pronto para pensar que iba a ser más que un amante ocasional. No quería dar un paso en falso, como proponer que viviéramos juntos. Era matar la gallina de los huevos de oro. Suena divertido.

Me costó seguir viviendo con Osvaldo. Para confirmar mis sentimientos lo asalté una noche, ésa fue violación, traté de aplicar la nueva técnica, pensando que no estaba enamorada de Martín, que era pura calentura, la novedad, que nunca me querría tanto como Osvaldo, que el departamento, la Kitty, mis cosas en su sitio de costumbre, eso era tan definitivo y bueno. Lo correcto. Las cosas que le hice esa noche fueron algo inédito en mí. Busqué en todo su cuerpo donde anclarme, algo que borrara las delicias del otro. Todo correcto, bien, incluso hasta hermoso, hasta original, casi creativo, primera vez que me pareció atractiva su calvicie, el vello de su pecho, pero mientras más le mordía las tetillas, para ver su dolor y su placer mezclado, mientras lo exploraba, lo obligaba a lamerme, más me daba cuenta de que era una función de despedida.

¿Cómo explicarle mi tristeza, la absurda lejanía? Disimulé todo lo posible.

Mi madre me avisó que la tía Marta se moría, si no me apuraba no volvería a verla viva. Conseguí dos días de permiso, le dejé una nota a Osvaldo y me fui a Talca. En el bus iba pensando en lo que haría al regreso. Mi compañero de asiento me buscó conversación. Lo miré atentamente. Era lo común de lo común, no era novedad, pero nunca se me había hecho tan patente que todos los hombres andan cortejando, buscando una pareja, probando donde está la excelencia, como eligiendo la mejor vaca del piño. Ese se sentía un toro, el desdichado. Creyó que ya me tenía, que en Talca me pasaba por las armas, para colmo de males usaba un bigotito chico, de esos de picante, de charro mejicano, de milico, metía la guata para adentro, trataba de estar derecho. En el despiece, la boca era lo único que valía la pena. Lo vi venir, me invitó a comer pejerreyes fritos en su restorán, no al lado del río, pero casi. Le dije que iba a un funeral. A la voz de la muerte, se puso respetuoso, se relajó bastante, le afloró la panza de aficionado a la cerveza. Me puse triste de verdad, le había deseado la muerte a mi tía Marta, para quedarme con la plata que nunca supo que había sido suya. Bueno, se moría, tal vez ya estaba muerta, pero eso me alegraba poco. Le iba a hacer un entierro de primera. Ahora que pensaba en ella, la recordé cómo era hace veinticinco años, siempre de

luto por su marido, el tío Anselmo, que había muerto joven de un infarto, tan bonito, demasiado, no era posible reemplazarlo, volvió a trabajar al Banco, al año de su muerte, vieja por el resto de su vida, no miró ni a sus jefes a la cara, miraba para adentro. En su cabeza Anselmo estaba vivo, a veces se reía por algo que él le susurraba desde su escondite. No es que estuviera loca, cuando tenía esos diálogos secretos se disculpaba, que era un recuerdo, perdonen la tontera. Mujeres fieles las de mi familia, yo soy la única perdida.

Y encontrada. Yo miro a los hombres a la cara, los desnudo cuando valen la pena.

Al llegar, el panzón del bigotito reitera sus sentidas condolencias, me acarrea la maleta al taxi.

La tía Marta no ha muerto. Está con respirador, casi no tiene dientes. Es un resumen de lo que fue, pequeñita, me mira muy asombrada, murmura unas palabras.

—Pero, tía, está regia —le digo, al borde del desmayo, con la sonrisa más falsa de mi vida. Ella trata de decir algo, por los ojos se nota que no tiene miedo, que está apurada por retomar su vida con Anselmo, que ya está en el tren que los reúne, que ya se va, que hasta pronto.

Se queda tan quieta como estaba, ya no mira para adentro. Está adentro, con su traje de novia y su marido. Vuelve a ser hermosa. Yo me afirmo en la pared para no caerme, me desarmo llorando, mi madre me consuela, sin saber que lloro por mi mente podrida. No sé si eso es más triste que la muerte. Trataré de salvarme de algún modo, santo, santo.

En los últimos años, desde que la casa funciona como pensión para estudiantes, la tía Marta y mi madre dormían en la misma pieza, con uno de los grandes roperos, cada una con su cómoda aparte. El cuarto gigantesco está lleno de muebles. Esta vez mi madre revisa todo sabiendo que no encontrará ningún tesoro. En la pared hay retratos de Anselmo en que sonríe con la sonrisa de Martín, los mismos dientes que parecen de mentira. Fotografías de la boda. La tía Marta exhibiendo la cola larga de su vestido de novia. Los dos en traje de baño en Viña del Mar, en la luna de miel, foto en colores algo desteñida, se están borrando de a poco, adiós a la belleza de esos cuerpos que hicieron el amor quién sabe cómo, sólo a mí me interesa. Me quedo con esa foto, la miraré hasta que se borre totalmente.

Mi madre me regala el prendedor de brillantes, el que usaba la tía en las celebraciones, en otro de sus trajes negros. No lo quiero. Ella insiste. Debajo de la cama hay una caja con el traje de novia y uno de hombre, oscuro, algo apolillado.

Decididamente me separo de Osvaldo, no lo quiero, me negaba a la idea de la separación, por convenciones, pura cobardía. Como no espero que Martín me pida que vivamos juntos, viviré sola. Es lo honesto. Me siento mucho más tranquila, la voz de la tía Marta diciendo: "No seas tonta, niña. Come tu comida."

Mi madre se queda sola, le digo que eso no puede ser. Tiene una empleada, alega, ella la cuida. Se siente bien, está sana, aparte de la pena. En fin, ya estaba preparada. Tarde o temprano la muerte nos agarra, no es una guerra, apenas una danza, el traje a rombos de Nemesio, disolviéndose, como si una estallara, repartida por el viento en todas direcciones. Así es la vida. Le hablo de la plata, pero no me escucha, de verdad no le importa. Se lamenta de la falta de nietos, por primera vez le digo que es por culpa de Osvaldo, que al llegar a Santiago me separo. Se queda muda. Guarda el traje de novia, lo deja donde estaba. Se me cruza la imagen de la muerte de mi madre. Entraré a esta pieza, ahí

estará guardado. Todo igual que ahora, foto desteñida.

En el bus de regreso hay unos muchachos que me gustan. Demasiado jóvenes, qué lástima. Carne prohibida. Eso habrá que verlo. Si el Martín no me recoge, aunque yo me redejo, él sabe, los hombres saben, si no, se merecen su fama de brutos, si no me recoge, no imitaré a la tía Marta, tengo al Rollo de repuesto, está esperando.

Oswaldo no atina con las novedades. El creyó que la acostada del otro día era el reflejo de mi pasión desmedida por sus atributos varoniles. Entonces, ¿por qué lo dejo? Trato de explicarle, igual no entiende nada. Lo que capta con claridad es que hay otro.

Martín me invita de nuevo a su departamento. Ya es la cuarta vez y las cosas mejoran. Se extraña cuando sabe que me separé de Oswaldo, le digo que no tiene nada que ver con él.

-¿Nada, nada?

-Bueno, sí, por supuesto. Pero había otro tipo de problemas.

-¿Por ejemplo?

-No tenemos hijos. Y quiero tener uno.

-¿Mío?

-Podría ser. Por el momento no tengo otros amantes.

Si espera que le ruegue, está soñando. A hombres que vienen de vuelta, una mujer que se las sabe todas. No se demora mucho en pedirme que me vaya a vivir con él. Si me gustara el trago, estaría borracha. Le gusto. De veras. Yo le gusto al precioso, al mejor, al único posible. Me las estaba dando de sabida, pero la verdad es que espero tener un hijo suyo.

Nunca he tomado precauciones, ahora tiene que resultar. Veo el video de la Sinéad O'Connor en que canta *Nothing compares to you* y lloro. Me estoy poniendo llorona. Cosa rara.

Me traslado con todo al departamento de la Avenida Colón. Trato de no ocupar espacio, capté el mensaje de: aquí corre sólo lo perfecto. Si alguien entrara no notaría ningún cambio, incluso guardo aparte mi cepillo de dientes, mi champú, mi perfume. Cuando llego a pensar que algo hace falta, se lo digo, lo buscamos entre los

dos, lo conversamos. Estoy pisando sobre vidrio resbaloso, campo minado, la cocina es mi punto débil. A Martín no le importa, una razón más para quererlo.

La vida en común, la novedad, tiene sus dificultades. La principal es que a veces se deprime en una forma espantosa, no sé qué hacer, es por problemas económicos, la enfermedad del Juan Pablo. Empiezo a prestarle plata. Peligro, peligro. Se va a sentir en deuda conmigo. Me va a mirar como a un acreedor. Le digo que tengo unos ahorros, cubro todas las deudas, que es mi contribución a la sociedad, que por favor no se hable nunca más en la vida de esa plata. Poco menos de cinco millones. ¡Y cómo me lo paga! Sobre el cubrecama, en sesiones que parecen absolutamente irrepetibles y, sin embargo, hay otra y otra. Dios está conmigo.

Pero no dentro de mí, no en mis entrañas.

El ginecólogo dice que tendría que revisar a Martín. Le digo que eso es imposible, que tiene dos hijos. Pone una cara extraña, como si pensara que los hijos de Martín pudieran ser de otro. No lo dice, pero resulta claro.

Averiguo todo lo posible sobre la Mónica. Es un misterio. No tiene pareja conocida, se dedica al trabajo como obsesa, vive para sus hijos y su casa. En su juventud no era apasionada; un remoto interés, se abría de piernas y quedaba

embarazada. Tuvo que ponerse un dispositivo porque no querían más de dos.

Tuvimos un encuentro casual en el Jumbo. No es petulancia, pero yo soy mejor; aparte de eso, tiene buen gusto hasta para lo sencillo que se pone, es pobre, no le importa, tiene otros problemas, es bonita, tensa como palo de escoba, el hijo se parece a ella, no a Martín, busco en su cara rastros de su padre, no encuentro nada.

—Pero Juan Pablo es mi retrato —dice después, trago en mano—. Manuel heredó mis sesos, el otro el resto.

El otro está siempre presente. Todos estamos pendientes de si come o no, de si tiene alguna mejoría, de cómo estuvo en la semana. Me gustaría verlo, pero no es posible. Eso será si nos casamos, pero la palabra casamiento no aparece en el horizonte, yo misma la quité del repertorio, por orgullo. Jamás podrá decir que lo he presionado, no puedo hacerlo, antes lo pierdo con la boca cerrada. Mentira. Siempre exagero un poco. Me gusta el melodrama

Es un alivio que Osvaldo haya sido tan civilizado. Sin embargo, me parece que cada sábado está un poco más decaído. Cuando pierdo la paciencia con Martín por alguna tontería, se

esfuma. Estamos todos cansados, se nos nota, ojalá pudiéramos salir de vacaciones a alguna parte este verano, ojalá el Juan Pablo estuviera bien. En los almuerzos me concentro en la Kitty, ella es eterna, siempre igual a sí misma, glotona, ansiosa, nunca existirá un animal tan adorable, tan parecida a un juguete, la gracia es que está viva. Los cuatro juntos. Mis dos hombres, mi gata. Si me quejo es de llena. No puede haber nada mejor que mi destino. Excepto por el niño que no llega.

Tal vez sería demasiado, como el tío Anselmo, que era demasiado perfecto para el mundo. Si pido más es porque estoy muy mal acostumbrada.

En el diario ya saben que ando con Martín, pero no saben que vivimos juntos. El Rollo volvió a estar distante, lo prefiero así. La Marisa me hizo confesarle, con gran delicadeza, la situación real. Me prometió no decírselo a nadie. Apenas le di la espalda, tomó el teléfono. Presumo, puede ser idea mía, que es conocida de la Mónica.

Martín también piensa que hablé de más.

Otro sábado, la Kitty está cojeando. Ese idiota del Osvaldo debe haberla pisado. Pobre Kittycita,

Alejandro Sieveking

mi amor, mi guagua, ¿le duele su patita?, ¿qué
le hizo esa bestia?

SEIS

YO NO FUI. La Meche cree que pisé a la señorita Kitty, yo creo que fue la mujer que me limpia el departamento. Se llama Elisa, viene lunes y viernes, mientras estoy en clases. Tiene que haberla pisado ayer, estoy seguro de que el jueves no cojeaba. Bueno, será algo así como un esguince, nada serio, si no se le pasa en unos días, llamaré al señor Carreño.

Si uno le aprieta cerca del codo, le duele. Protesta y trata de pegarte un arañazo en defensa propia. Bella, bella señorita Kitty.

Al principio partía el alma verla correr en tres patas para no perderse su ración de queso, así es que la tomo en brazos, la traslado conmigo para que se recupere pronto.

Mis alumnos, en vista de que se acerca el final de año, andan enloquecidos estudiando, son

buenos cabros, ojalá que no me falle nadie y se sepan la materia. Si hay algo que odio es el asunto de las inasistencias, los quejidos, las disculpas, los certificados falsos, los justificativos de trabajo, para no ser eliminados. No quiero rajar a nadie, pero no soporto a los frescos que tratan de hacerte lesa. Por esa razón le pido a la Frida que ella se encargue del asunto, que no me pregunten nada a mí, para eso está la cartola bien clara. Una niña que se llama Jessica dice que los pacos le pegaron un palo en la cabeza en una huelga, que no quedó de hospital, pero que faltó tanto a clases por los exámenes médicos y que, además, le cuesta mucho estudiar y concentrarse. Le digo que, en ese caso, es mejor que pierda el año. Dice que es un problema de plata, que no puede repetir de ningún modo. Estos líos me matan. Que averigüe la Frida, que averigüen los que pueden, yo no sé, yo no quiero.

No puedo decirle que vaya a corregir los trabajos en el departamento, va a creer que es una encerrona, que soy un sátiro. Y en estos momentos lo soy.

Me sumerjo en las viejas revistas, en el *Pif-Paf*, el Campeón de la Historieta. Qué raro, le faltan unas páginas. Esta historia comienza de repente. No me acuerdo quiénes son éstos. Ella, muy morena, con traje negro superajustado, como la Morticia, está en un jardín, sentada en

un banco de mármol; atrás se alcanza a ver una mansión de millonarios. Un joven muy rubio de terno blanco se sienta junto a ella y le pone una mano sobre el hombro. Hay un gato en primer plano. De sus cabezas salen globos blancos con los parlamentos.

—¡Hola, Janice! ¿Qué sucede? ¿Qué oscuro está esto!

—Puedo ver muy bien... No deberías haber venido... Te dije...

—No podía esperar... Janice... Te hallo tan extraña... ¡Oh, un gato! ¡Fuera!

—¡Doug, deja tranquilo a ese gato!

—¡Maldito gato! ¡Te voy a dar! ¡Oh, Janice!

—¡Auuu! ¡Auuu! —gruñe ella. Lo rasguña con cara de felino, le está dejando la cara a la miseria. Después huye, él se apoya en un enorme seto del jardín. Ahora aparece un pelado, me miro en ese espejo, chaqueta a cuadros, humita a rayas.

—¿Qué pasa aquí? Creí que Janice le había dicho que no viniera.

—¡Parece tan rara! ¡Por eso vine! Y luego ella... Me arañó, clavándome las uñas como un gato.

—¡Fuera! —es evidente que Doug está me-

tiendo el dedo en la llaga, el pelado señala hacia un punto, en la misma mano tiene un bastón extraño—. ¡Váyase y no vuelva más! —¡No! —qué cantidad de exclamativos—. ¡Algo raro pasa con Janice! ¡Voy a investigar! ¿Eh? ¡Señor Strong! ¡Pero!

—¿Qué? —no se le ve la cara al señor Strong hasta el cuadro siguiente, cara de loco asesino, más encima pelado, alza el bastón, que ahora tiene una punta muy aguda, se ven los dedos de una mano de Doug, que intenta protegerse del golpe mortal. ¡Oh! ¡No!... ¡NO!... ¡SUELTE ESE BASTÓN! ¡NO! ¡NO!

El jueves próximo: "TRÁGICO SECRETO".

¡A la que habría que matar es a ella! ¡A la Meche! ¡Abandonar a la señorita Kitty! ¡Es increíble! ¡Ese es el amor de las mujeres! ¡Operar a la gata para que nunca tenga hijos, son tan libidinosas! Textual. Decía que los gatos eran parte de su vida, cuántas palabras, incluso lágrimas por sus gatos muertos, pero aparece un melenucho, peinado como vieja, y pierde la chaveta, como una de esas histéricas que van a los conciertos rock, que los gallos muestran la guata y chillan, lloran, quieren cama, cama. Son todos chascones insolentes. Pero no les faltan mujeres.

Me pongo la peluca, recién me doy cuenta de que soy joven todavía, tengo el mismo cuerpo, la misma cara que cuando me casé, la calvicie me hace ver diez años mayor de lo que soy, será por eso que a veces me siento demasiado viejo, demasiado cansado, demasiado triste.

Fuera de las clases soy una nulidad, padre adoptivo de la señorita Kitty, ex marido de Meche, la Caliente.

Cuando la conocí no dormía por el amor que le tenía, lo que me mantiene despierto, a estas alturas, es un odio que aumenta con cada noche de soledad.

¿Fallé en la cama? Tiene que ser eso, porque dice que me encuentra tierno, que me quiere mucho, como a un amigo. ¡Amigo, tu abuela! Falso. No me hablaba, me empezaba a agarrar por todas partes, me lo chupaba como profesional en la materia. ¿Qué querría que le hiciera? Pero si yo estaba loco por ella, le decía que su cuerpo, que sus piernas suaves, sus ondulaciones, su cintura, que era una diosa, sus pezones puntudos, no hubo una parte de su cuerpo que no pusiera en marco, a la que no le diera la calificación más alta, la miraba y hervía, le recitaba los versos del capitán, bailaba con ella en la cocina. ¿Qué le hará el melenudo? Parece demasiado fino para ser un semental, un tipo que se lo pasa en eso. La vida sexual de los

demás es misteriosa. Parece que no existe, pero existe, por eso tienen hijos. Hacen cosas increíbles, muy aparatosas, que uno no conoce ni de nombre, que ni siquiera sospecha que se puede.

Esa es mi disculpa para comprar revistas pornográficas. Ya terminé de pagar la peluca, el próximo mes me embarco en la compra de un video, dicen que hay videos pornos que son para resucitar a un muerto. Para resucitarme. Tengo que encontrar a una mujer dispuesta o me voy a volver loco. Alguien dijo el otro día que hay hombres asexuados, ¿será posible? No lo creo para nada, sin embargo, a veces pienso que debería meterme a monje, apartarme del mundo y su fanfarria de una vez por todas. Irme a Chiloé, campos mojados por la lluvia continua, y dedicarme a servir a los pobres, tanta gente buena que no tiene santos en la corte, en vez de licuarme los sesos con leseras.

Ay, si hubiera justicia real, un equilibrio, no es cosa de este mundo tanta maravilla, aunque la tuve y se me escapó de las manos, perdida por el resto de mi tiempo aquí en la tierra.

¿Qué puedo hacer con esta indignación incontrolable? Tendría que matarla y que matarme. Tener una pizza envenenada para el próxi-

mo sábado, ahí se acaba todo. No habría culpa ni culpables. Cuatro muertos, sí, porque la señorita Kitty no puede quedar sola. Su destino es compartir el nuestro, sea como sea. Señorita Kitty, pobre gata cochina, inmunda, miserable, no cojee, por favor, se lo ruego, que eso termina de matarme. Mejor me saco la peluca. Vuelvo a ser lo que soy. O sea, nada.

Este sábado están enloquecidos de felicidad. Juan Pablo no necesita más diálisis por el momento, los riñones se recuperan rápido en estos últimos días. Un milagro, algo así. Yo no le puse veneno a la pizza. Ni siquiera hubo pizza.

Les informo que el señor Carreño me ha pedido una radiografía de la pata derecha de la señorita Kitty. Les parece amoroso, primera vez que veremos la radiografía de una gata, cómo cambian los tiempos. Como si fuera una persona. Ya éste parece un país decente. Los derechos de los animales y esas cosas tan ecologistas, si tienes plata para hacerlas, mejor hacerlas, ¿no hallas tú? Yo claro que hallo.

Su impúdica alegría, sus proyectos infames de vacaciones en Buenos Aires, la ciudad más cara del planeta, derrochando lo que ahorrarán, ya que no hay diálisis, me revisten de una cos-

tra opaca. Finjo estar muy triste por la señorita Kitty, ellos no saben lo que es ver a esa belleza andar cojeando. Las bellas no cojean, digo algo sofocado por una baja de presión insólita.

Los dos corren al verme tan pálido, me traen un trago. La Meche dice que tengo suerte, se ríe, mejor reírse, claro, resulta que descubrió que es hipertensa. Adiós al café de las mañanas, al cigarrillo tan buen compañero, pero venenoso, adiós al trago, excepto una gota de whisky por la noche, a Dios gracias. Adiós.

Somos distintos, tan opuestos como un hombre de una mujer. De otra raza. Mecanismos distintos de la mente, las hormonas. Martín Herrera, así se llama el suertudo que se la tira poco menos que en mi cara.

Tienen piedad conmigo, supongo que son capaces de vislumbrar que me están matando de a poco, con su civilización, su finura, sus buenos modales, su encanto, sus melenas, con su felicidad, el par de sucios fornicadores.

El viaje con la señorita Kitty a la Clínica Veterinaria es en el auto de Martín, manejado por la Meche. La pobre gata no puede cerrar el hocico de miedo, no puede cerrar los ojos. Juro para mis adentros que prefiero que se muera a que

sufra otra vez estos terrores. Tenemos que sentarnos en la sala de espera, los otros enfermos son perros, que acezan ruidosamente. Hay uno con distemper, tiene estertores. Tres patas en la tumba. Ella entierra la cabeza debajo de mi brazo pensando que no hay pesadilla peor que la que sueña. Se la llevan, la oigo gritar de dolor, la Meche se levanta y se afirma en la pared, como si quisiera derrumbarla. Estamos juntos en esto. La miro. Nos miramos. Compartimos el dolor, que todo el mundo que lo viera pensaría que es de idiotas. Con todo lo que pasa en este mundo es absurdo sufrir por una gata improductiva, algo así como un objeto, hay viejas que lloran porque se les quiebra un florero, es un tema personal, no se comparte. Pero la Meche y yo lo compartimos, hace años que no estábamos tan cerca, para nosotros la enfermedad de la señorita Kitty es más terrible que la de Juan Pablo, ese desconocido que lee mis revistas en una cama desconocida, en una casa que nunca pisaré, en cualquier parte de Santiago. Ni sé adónde.

La señorita Kitty está aterrada al comprobar lo doloroso que es el mundo de los hombres. La llevamos de vuelta sin conseguir calmarla hasta que está en su alfombra, rodeada de muebles conocidos, al fin cierra el hocico, los ojos se le ablandan y descansa adolorida.

La radiografía de su pata es una cosa tier-na, algo como egipcio, un jeroglífico directamente de ultratumba al alcance de los niños. Yo sé que no me explico.

Tiene osteoporosis. Nunca volverá a recuperar el uso de la pata enferma. No hay coja buena, le digo, para levantarme el ánimo. Con que viva unos años más vamos bien, está a punto de cumplir los catorce. Aunque no lo aparenta, es una anciana.

Tuve un encuentro con la Elisa, la que me hace la limpieza, para ver si es posible que venga todos los días a darle de comer a la coja, en caso de que me vaya de vacaciones a La Serena.

Me pareció atractiva, nunca la había mirado antes, aunque sabía que era del sexo femenino. Se viste muy correctamente, ropa de segunda mano, pero bien elegida y limpia. Melena corta de pelo negro, muy liso, un rostro con remotos residuos orientales o mapuches. Algo gordita, todo bien repartido, muy compacta. Ya se me olvidó cómo se corteja a una mujer. El hecho de ser su patrón me parece un escollo insuperable. Sin contar con la diferencia cultural, aunque, como dicen en *El Quijote*: Para lo que yo la quiero, tanto sabe como Aristóteles.

No tiene problemas para venir dos veces al día, por un rato, durante tres semanas, en enero. Después no puede; tiene tres niños y le

arriendan, muy barata, una casa en San Sebastián, a ocho cuadras de la playa, imposible perder una ocasión semejante. El marido es obrero de la construcción, ahora trabaja en un edificio de doce pisos, frente a Tobalaba, gana muy bien, se ven poco. No explica la razón, yo me muero de ganas de saberlo. Me las bato a puras miradas, como con la señorita Kitty, me siento demasiado sugerente, un interés tan repentino por su vida es altamente sospechoso, cualquiera se daría cuenta, según yo, pero ella no se da por aludida. Me mira como si yo fuera una figura de la tele, la proyección visual de un cuerpo muy distante. En cambio para mí, por momentos, me parece demasiado cercana, tiene olor a jabón, pero no sé de qué tipo. Muy sano en todo caso.

Le desabrocho la blusa, le agarro las pechugas, la beso como loco, caemos en la alfombra. En la realidad se va a la cocina a lavar los pocos platos que he dejado sucios. La sigo a la cocina, la tomo por detrás, me da un empujón, renuncia, dice que le va a contar a la Meche que traté de violentarla. En la realidad miro la hora, ya es tiempo de partir para mis clases. Qué vida miserable.

En la micro pienso que me veo como un fracasado, soy un buen profesor, eso dicen todos, soy un buen profesor universitario. Ya debería tener un auto. Debo empezar a revisar mi vida, partir de cero.

Pasaron los exámenes, mis alumnos estuvieron a la altura que se esperaba de ellos. La Meche y Martín vinieron a despedirse (de la señorita Kitty) antes de partir a Buenos Aires, me explican que tienen un amigo que los aloja, que si no, no irían, está muy caro, me explican lo del cambio monetario, no pesco ni una sílaba. Juan Pablo me devuelve las revistas, que si le puedo prestar otras. Le mando los *Okey*, desde el número uno hasta el número ochenta. Le hacen fiestas a la gata, que está algo indiferente con ellos, se me arrima para escapar del asedio, parece que supiera que son unos falsos, unos viajeros en plan de luna de miel, paja molida. Ya se fueron.

Durante la Pascua, el Año Nuevo, celebraciones tristes para la gente sola, nos quedamos viendo televisión, fiestas ajenas patéticas y con una ale-

se ha visto un llanto tan inoportuno. Ella me acuna en su pecho bondadoso, también con lagrimones. Este es un incesto, los hermanos en desgracia se consuelan con caricias fraternales que pasan a mayores.

Tengo una amante desinteresada. Me plantea que es una mujer decente, que me entendió desde el primer día, pero que tuvo que pensarlo, por sus hijos. No lo ha hecho jamás con un patrón, pero que conmigo sí, que un hombre que trata así a una gata enferma y coja tiene que ser bueno, que siempre pensó que, en algún momento, esto iba a pasar, que para ella es como un cuento de hadas, que, por favor, si quiero, que me ponga la peluca.

Me la pongo sin temor al ridículo. Ahora quiere que me afeite la barba. Ella misma me la corta con tijeras, con el mismo cuidado con que lo hace todo. Me dice que parezco un hijo mío, un lolo, que así le gusto más todavía, que la abrace, que sea un niño, tengo que ser el hijo del Osvaldo, un estudiante, que beba de su pecho. Hago todo lo que pide, ahora es mi patrona. Este juego le gusta tanto que quiere repetirlo dos veces por semana.

¿Adónde vamos a llegar? ¿O ésta es la llegada? ¿Después, qué pasará? ¡Lea el próximo jueves otro capítulo apasionante de esta inquietante historia! ¿Se enviciará ese lolo, el hijo

del Osvaldo, con esta empleada? ¿Qué oculta ella? ¿Oculta algo? ¿Acaso piensa casarse con un hombre de otra clase? ¿Qué hará Osvaldo cuando sepa que su hijo es él mismo, que jugar de esa manera son los primeros síntomas de una esquizofrenia? ¿Qué dirá la Meche, si es que llega a saber, cosa improbable? ¿La falta de la barba será una pista para que la astuta periodista de eventos sociales llegue a la conclusión de que su ex marido ha encontrado una nueva pareja? ¿Es posible que Elisa actúe en contubernio con la Meche? ¿Esto es amor o solamente un desahogo mutuo? ¿Es posible que una mujer del pueblo pueda formar un hogar con un profesor universitario? ¿Qué pasará durante la separación de enero y febrero? ¿Llevará, el confundido Osvaldo, su peluca a La Serena? ¿Cómo seguirá la salud de los enfermos: Juan Pablo, el adolescente, y la ansiosa señorita Kitty? ¿Vale la pena hacerse estas preguntas?

La Serena ha cambiado en forma notable. Ya no es la ciudad de otros tiempos, con su horripilante estilo "español" falso, impuesto por un presidente nacido en esos pagos. En menos de tres años se han puesto a construir como locos frente

a la playa y, lo que era un peladero triste, va camino a convertirse en una especie de Río de Janeiro. Todo el mundo quiere tener un departamento con vista al mar, eso está en los genes de los chilenos, se endeudan de por vida, pero se instalan con sus muebles de terraza en balcones que no tienen espacio para tales armatostes, tomando bebidas en vasos grandes adornados con hojas de menta, mirando con largavistas los cuerpos bellos de las argentinas y argentinos que se tuestan en la arena, si es que hay sol, lo que tampoco es muy frecuente, pensando que ahora pueden morir tranquilos, que llegaron a la orilla, que verán las aguas del Pacífico en los momentos de dolor y eso será una cura instantánea, el remedio para los males del alma. Capaz que sea cierto.

Pero mi madre no sigue la corriente, vive donde vivieron sus padres, en una casa junto a la Alameda, frente a varios traseros de ninfas griegas y jóvenes atletas del pasado, quienes fueron immortalizados en el mármol por la belleza de sus nalgas. Unos potos estupendos, las otras partes no las mira nadie.

Así como en Talca hay camelias, aquí hay papayos. Las papayas en almíbar, o confitadas, son parte de la dieta de los serenenses y de todos los que pisan estas tierras cambiantes. En la casa de mi madre hay cuatro de esos árboles de ho-

jas grandes, en medio de los patios de baldosas; tres patios, tan bien, para no ser menos. Mal que mal, ésta es una ciudad antigua, la segunda en todo Chile, si es que no es la primera. Pero tuvo mala suerte, hasta que se hizo la española, y ahora, que ya no puede estar más carioca, un caos divertido, los autos no caben en las calles repletas de vendedores ambulantes, de turistas, de recién llegados que no saben de los viejos dolores, que no tienen tiempo porque están de paso.

Dicen que, para el sur, están haciendo tres complejos turísticos y que, donde antes había sólo rocas, ya hay arena, que hasta Coquimbo va a perder su olor a meados y se va a transformar en un Valparaíso en miniatura. Eso es para largo. No lo verán mis ojos.

Intento descansar, leo mucho para recuperar el tiempo perdido en los problemas del amor, para olvidar el rencor hacia la Meche y su lampiño, para olvidar que tengo una pareja y no la tengo.

-No le dé la nulidad a la Mercedes -dice mi madre, vigilando a Elena, la vieja que prepara el almíbar-. Sus hermanos se han separado todos y ya ve los problemas que han tenido con esas delincuentes que tuvieron por mujeres. Se fueron con otros pobres diablos, miren que aparearse como animales, una revoltura de hi-

jos que no se entiende. Ustedes tuvieron mala suerte, se casaron apurados con personas sin moral, sin fe, habiendo tanta niña buena, ésa es mi cruz. Ya no vienen mis nietos, ya ni los hijos retienen a esas sueltas. Cualquiera de estos días se acaba el mundo y, ¿quiere que le diga? Me alegro. No tendrán perdón de Dios las que mueran sin confesión y todas ésas son unas ateas que se casaron de blanco por puro disimulo. Me duele por los niños, pero Dios todo lo sabe y apartará la buena yerba de la mala. Usted no tuvo hijos que yo sepa. Porque ésa es otra, que nadie me cuenta nada. Si a poco más y me entero de sus vidas por boca de vecinos. Yo, desde que instalaron esas herejías en la avenida, mujeres mostrando todo, para qué decir los hombres, que tienen tanto más, desde ese día tuve un palpito malo, quién sabe qué ideas se les metieron en sus mentes de niños, ése fue el González Videla, que se las daba de progresista, se va a salvar jabonado del infierno, no más porque metió a los comunistas a la cárcel, lo único bueno que hizo ese saltimbanqui. Lo que pasó con usted es que tuvo paperas después de los veinte años, me habían dicho que eso deja a los hombres impotentes.

—Estériles, mamá, no es lo mismo.

—¿Cómo no va a ser lo mismo? Para el caso es lo mismo. Por sus obras los conoceréis, dice

el señor cura, ¿y cuáles son sus obras?, dígame usted. No tiene hijos.

-Hay otras cosas que puede hacer un hombre. Tengo muchos alumnos.

-Mejor que piense así, si no sería un amargado. Lo importante es que el apellido de su padre ya no está perdido, porque sus hermanos, en eso por lo menos, siguieron mis consejos y han tenido todos los hijos que les ha mandado Dios.

-Por eso, también, es que no vienen, no hay bolsillo que aguante tanta criatura.

-El único que me escribe es el Ramiro. Dice que ustedes no se juntan nunca, ni en las fiestas de fin de año, yo no sé cómo salieron tan descariñados. Costumbres de esas mujeres que están peleadas entre ellas. El desapego es contagioso.

Le dijera a la vieja que mi amante es una empleada, ahí mismo se cae muerta. Sería un homicidio. No, defensa propia. Tanto que prepara papayas en almíbar y no puede endulzar ni un poco su acidez interna. No entiendo de dónde viene su agresión de vieja. Mi padre la quería, lo pasaban bien, tuvieron tres hijos antes que yo, cierto que eran malos para el estudio, lo compensaron trabajando desde jóvenes. Yo fui un chiripazo, diez años menor que el tercero de mis hermanos. Se puede decir que fui hijo úni-

co, pero ya estaban agotados con la educación de los mayores y no me prestaron mucha atención, me dejaban solo con las revistas de historietas y se lo pasaban comiendo afuera, descubriendo nuevos restaurantes. Mi padre se murió de un infarto, se las vieron negras para meter en el ataúd a un hombre tan inmensamente gordo, y ella se volvió a La Serena para hacerse cargo de esta casa, que le importaba más que nada.

La miro, tal como ella dice, muy desapegado, como si fuera una pariente lejana; si con los otros fue como conmigo, no es raro el abandono. No se le puede pedir que entienda que está recogiendo los frutos de sus actos. Y yo, ¿puedo entender lo que me pasa? ¿Esta vida la armé yo solo? ¿Es sólo culpa mía?

Me voy a la playa, aprovechando que hay sol, estoy blanco como guata de rana. Ancas de ranas de Talca, fritas, la delicia. Me instalo en mi toalla, cubierto por un bloqueador todopoderoso, me relajo, a pesar de que muy cerca están jugando vóleibol. Siento que desciendo a las profundidades de la arena. Allá, en la oscuridad mojada, me espera la imagen de la Meche, revolcándose con un hombre desnudo total-

mente, animados por las voces juveniles de los espectadores del partido, el monstruo de dos espaldas, con traseros de mármol y muslos húmedos.

Antes pensaba que el odio que sentía por la Meche era causado por mi insatisfacción sexual, los llamados del cuerpo, pero ahora, con la mente clara, sabiendo que es cosa de volver a Santiago y ponerme la peluca para que la Elisa me apague ese tipo de inquietudes, me extraña odiarla cada vez más intensamente. No la puedo perdonar, y eso que trato. Desde el principio lo dijimos, hay que ser civilizados. ¿De qué me sirve todo lo que he leído de las bajas pasiones, si no puedo controlarlas? Hago un esfuerzo, abro los ojos, miro a las mujeres semidesnudas que yacen a mi lado, inmolándose al dios del sol, el aceite de coco las hace relucir como divinidades mayores y menores, pero no me apetecen con locura. Odio a la Meche. Eso es lo que siento.

Ella descubre que Martín la engaña. El le dice que lo siente mucho, pero que así son las cosas, lo tomas o lo dejas. Ella le dice que se vuelve conmigo y aparece en el departamento. La encuentro abrazada a la señorita Kitty. Me sonrío, me explica que no pudo resistir a Martín, que no hace el amor como yo, ni la sombra. Que ha vuelto. La miro con frialdad de gato ajeno.

-Te puedes quedar, pero yo me voy.

-Volví por ti.

-No te creo.

-Desde ahora voy a dedicarme a demostrártelo.

-Has llegado algunos meses tarde. Para ser sincero, si hubieras vuelto después de una semana, tal vez dos, hasta tres, te lo juro, habría llorado de felicidad al recuperarte, te esperaba, eras lo que le daba sentido a mi vida, como un vicio. Yo era un adicto a ti. Pero... y perdona que lo diga en esta forma, me diste demasiado tiempo para pensar y sé que ya no te quiero, me vacunaste para siempre de las pasiones. Si te parezco frío y distante... (No, eso es una siutiquería. A ver, ¿dónde iba?)

-Osvaldo, escucha...

-No, escúchame tú, ya has hablado bastante, es mi turno. Si hago el amor mejor que Martín, como me dices, entonces tienes que reconocer que me has dejado porque te gustaba su físico, su pelo, él era mejor por fuera, tuviste el mal gusto de llevarlo al departamento para que lo conociera, el infeliz me dio lástima, un hombre objeto, para ti es lo mismo que tener otro gato, aparte de la señorita Kitty, tú te metiste en su cama.

-Osvaldo...

-¡Nada! Cada cual recoge el resultado de sus acciones y tienes que pagar los platos rotos. (Ahí sí que me fui al chancho. Lo de los platos

rotos es pésimo, anticlímax total. Borrado) Tienes que pagar. No es que tenga el corazón de piedra... (Mejor no sigo, no se puede pensar nada serio en esta playa).

Se nubla, me visto sin bañarme.

—Oye, perdona, pero ¿no eres el primo del Rodrigo Mora, el que está casado con la Viera, el Osvaldo?

—Sí, yo soy.

—¿No te acuerdas de mí? Yo soy la Ximena Varela, nos presentaron en Santiago en la inauguración de una exposición de cuadros. No te acuerdas.

—Ya, sí, por supuesto —con la tanga que lleva cualquiera asiente a todo.

—Mientes pésimo.

—Perdona, tengo mala memoria. Tengo cien alumnos distintos cada año, pasan y me acuerdo de unos pocos, no más. Creí que eras una ex alumna.

—Eres un amor, salí de la universidad hace doce años.

Para hacerme perdonar por el olvido la invito a tomarse una cerveza, ella anda con una amiga que vive aquí, está alojada en su casa. La amiga se llama Gaby, es morena, sonrío, pero nunca mira a los ojos, habla mirando hacia la Isla de Pascua, al cielo, a la arena, a lo mejor ella también tiene visiones turbadoras.

–Le estaba comentando a la Ximena lo raro que es el mundo. Estoy enterada de tu vida. Tal como lo oyes.– A ver, Dios mío, tengo amnesia, yo, a ésta no recuerdo haberla visto nunca–. Soy amiga de una compañera de la Mónica, la ex mujer del Martín Herrera, la que trabaja en una agencia de viajes. Y lo que supimos es que tu ex mujer es la actual del Martín. ¿O ando muy perdida?

Seduzco a la Gaby, me presenta a su amiga, me acuesto con ella para hacerme íntimo, consigo que me presente a la Mónica, me caso con ella para joder a la Meche. Soy el padrastro de los hijos del Martín, comemos todos juntos. Los otros bien picados. A veces pienso que soy idiota. Aunque sería divertido. No sé si tanto.

Este par de mujeres de colmillo afilado anda en un auto supersónico, por dentro parece la cabina de una nave interplanetaria, hay luces que se prenden y se apagan. Alguna de estas dos es rica. La Gaby, evidentemente, que es la que maneja.

–Por el tostado parece que llegaron antes que yo –digo, disimulando la impresión que me causa la fortuna sobre ruedas, el tablero luminoso, el susto de ir a esa velocidad de locos, no saber dónde vamos.

–Nos fuimos directo a Arica y de ahí hemos venido caleteando, para terminar aquí. Sweet

home –menos mal que mira hacia adelante, parece que son los ojos de los demás lo que la descolocan–. ¿Tú eres de aquí?

–Mi mamá. Yo nací en Santiago –frena, frena, güevona, ahora sí que nos matamos–. Pero parece que voy a morir en La Serena.

–No te asustes. Cierto que me gusta andar un poco rápido, pero nunca me ha pasado nada.

–Hasta aquí vamos bien, dijo el pavo en la puerta del horno –gime la Ximena, desde el asiento de atrás–. Por si acaso, oye, Gaby, acuérdate que hay que manejar a la defensiva. Los hombres manejan tan mal, tú sabes.

–¿Adónde vamos?

–No tengo idea.

–¿No conocen un boliche entretenido?

–Hay uno a dos cuadras de la plaza.

–¿Sin vista al mar? En fin, allá vamos.

Todo mi pasado sexual desfila ante mis ojos. Me despido de la dulce vida. No chocamos porque Dios es grande. Al fin la máquina infernal se ha detenido.

–Te felicito –dice la Gaby, por supuesto mirando en dirección contraria–. Eres el primero que no se echa a llorar en ese asiento.

–¿En qué país estamos? –le digo, con sonrisa de Lázaro. Ella me mira por primera vez. Dios me libre, vade retro, esta mujer tiene los ojos de la señorita Kitty.

—¿Sabes una cosa? Eres un tipo divertido— y deja de mirarme. Lo más posible es que la impresión que tuve de sus ojos haya sido efecto del terror, de la gratitud al hecho de estar con vida, incluso intacto, aunque las piernas no me obedecen para nada—. ¿No tuviste miedo?

—No, es que estoy acostumbrado a estas carreras.

—¿Corres en auto?

—No, pero veo películas norteamericanas — mira casi hacia el asiento trasero, por ahí cerca, casi sonriendo.

—Es divertido —puede que no se ría porque tiene feos dientes. La nariz es bonita, los labios demasiado delgados.

Trato de caminar normalmente, ojalá que no se note que siento las piernas de lana. Llegamos a una pizzería y nos desplomamos sobre unas sillas horribles de madera que intentan, vagamente, parecer antiguas y españolas. Cuento los chistes viejos para un público nuevo, la Ximena se ríe más de la cuenta, la Gaby sonríe de costado. El fantasma abominable de la Meche bosteza y, por un momento, me hundo en el silencio. Luego sigo en plan de conquista, sin saber cuál de las dos es la presa. Tal vez la presa soy yo.

¿Qué diría mi madre?

¿Qué importa lo que diga o lo que piense?
No se ha visto vieja más cargante.

Pero le aviso que no me espere a comer,
por si acaso.

SIETE

LA KITTY ESTÁ muy decaída.

Oswaldo se afeitó. Parece otra persona, siempre le dije que la barba lo envejecía mucho. No lo confiesa, pero no hay que ser detective para darse cuenta de que tiene una amante. Ha sacado la voz. Me contesta en forma agresiva.

-¿Crees que no me doy cuenta de que está enferma? Tú sabes cómo es. Se deprime si uno la deja por un par de días, y yo estuve en La Serena dos semanas.

-¿Cómo está la señora Alicia?

-Igual que siempre. Insoportable.

-Pero la aguantaste dos semanas.

-Había pensado quedarme un mes.

-Hay que llamar al señor Carreño.

-¿Para qué me lo dices? ¿Por qué no lo llamas tú?

-Es sábado, por eso. Hay que llamarlo el lunes.

–Si estás tan preocupada por la señorita Kitty, llama a un hospital de urgencia.

–Me da pena verla cojear.

–Claro, a mí no, pues, ¡a mí me encanta que cojee! Me mato de la risa. Va a quedar así por el resto de su vida. Te lo dije varias veces, si no recuerdo mal.

–Me estás gritando.

–Tú eres la que grita.

–Martín, por favor, ¿quién empezó a gritar?

–No estaba oyendo.

Supongo que es verdad. Desde que volvimos de Buenos Aires y encontramos que Juan Pablo tuvo una recaída terrible y quedó hospitalizado en forma permanente, a la espera de la muerte o de un milagro, Martín está cambiado, como es lógico. Yo estoy nerviosa, Osvaldo está agresivo. La pobre Kitty duerme todo el tiempo sobre la cama, como siempre, como antes, pero más profundamente. Mira los trozos de jamón sin verlos. Pido perdón, como si fuera la culpable. Nadie habla. Nos vamos.

¿Qué le habrá pasado a Osvaldo en este tiempo? El único que podría saber es Jaime, que es algo amigo de él y compañero de trabajo, pero no me atrevo a llamarlo. En las separaciones los hombres hacen frente común, decidiendo que, siempre, la culpa es de las mujeres, que somos todas putas. Si eso es verdad, también es

cierto que ellos son todos maricones. Tengo la prueba a mano. Martín y Osvaldo no pelean por mí, no lo han hecho en ningún momento, se tratan bien, se ríen juntos, se cuentan cuentos de maestros Zen, que no se ha visto cosa más fome y aburrida; si uno está triste, el otro se deprime; si yo me arrastro por el suelo, les da lo mismo. Tienen una cofradía siniestra y desconfían de todas las mujeres, hasta de sus madres, manejamos mal, no entendemos del funcionamiento de sus máquinas idiotas, no tenemos nunca amigas, lo que queremos es tener un auditorio. Ellos se entienden con miradas, son tan sensibles, por eso duran menos, por eso hay tantas viudas.

Lo menos que quisiera es ser ingrata en estas horas de dolor, sin un lugar en el mundo donde refugiarme, a menos que me vuelva a Talca, podría ser, al silencio de Talca.

Yo he querido a estos hombres, todavía los quiero, a uno más que al otro, eso no se elige, las cosas pasan, pero de ser leal, en eso les gano lejos. Con Osvaldo me frustré porque mi capacidad sexual, mi apetito, es mayor, en eso soy inocente, es algo fisiológico, algo que está tan adentro, incontrolable, no es bueno ni malo, es así, las manzanas son distintas de las peras. Los consejos no sirven para nada, a menos que te apoyen para ser lo que eres. Que los cobardes

se queman en sus propios fuegos. Yo me salvo, yo soy honrada, soy auténtica. Por lo menos trato.

Con Martín el asunto es muchísimo más complicado de lo que yo quisiera. Menos mal que no es una frase que se oiga porque sonaría de lo peor: con él soy multiorgásmica. Que suene como suene, la idea, la verdad, es esa, cualquier otra cosa sería autocensura. Esa historia la conozco, no me voy a estar midiendo en lo que pienso, aunque al final resulte que demuestro que yo tengo la culpa de todo y debería callarme definitivamente. Eso viene igual, quieras o no quieras. Viene la muerte. Luego el juicio. Y el perdón de los pecados. El que me juzgue tiene que entenderme, si no, que se vaya, que se vuelva a su origen de larva o energía pura, o como quiera que se llame o que lo llamen. En realidad es a él a quien le hablo.

Al volver de Buenos Aires, después de doce días de pasarlo demasiado bien, a pesar de que no tomaba café en las cafeterías, de que no fumaba ni antes ni después del amor o las comidas, de que gastábamos mi plata sin acordarme de que era mía, de pasarlo mejor que la gente que tienen mucho, volvimos a la tierra. Ese no fue regreso, fue caída.

Juan Pablo, pues. La manzana podrida nos roció con su veneno. Sé mejor que nadie lo que es un hijo, puesto que quisiera tenerlo y no lo tengo. Sé lo que vale. Bastante más que trescientas once monedas de oro. Pero no pude desprenderme del capital que me quedaba. No pude. Fue imposible. Discutía conmigo misma. Me decía que debía confiar en Martín, que me devolvería la plata, que mi desinterés lo haría amarme a la altura del sacrificio. Pero, por otro lado, yo no le había dicho que tenía tanta plata. No podía justificar la aparición repentina de los dieciocho millones que quedaban, ya le había regalado siete. Siete millones. Daba lo mismo que haberlos tirado al agua. Mentira. Con ellos compré la felicidad en Buenos Aires.

Las preguntas que me hacía eran éstas: ¿Iba a gastarlo todo por un niño desconocido? ¿Qué iba a hacer después? ¿Volver a ser como antes? ¿El regalo me aseguraba para siempre el amor de Martín? Y sus familias, ¿no eran tan regios, por qué no soltaban un peso? ¿Era seguro que con esa plata Juan Pablo se salvaba, o era solamente una prolongación del sufrimiento?

No dormía.

Las dudas me inmovilizaron. Martín me anunció que tendría que vender el departamento, que era la única manera de pagar la clínica.

Caí en un estado extraño. Calculaba, hacía

cuentas, mientras él se negaba a tomarse un trago.

—No puedo bolsearte más. Ni un centavo. Ya te debo mucho.

—No me debes nada.

—Te debo, aunque no quieras, lo cierto es que te debo. Sin tu plata ya tendría que haber vendido esto hace mucho tiempo. Es lo mejor. Saldremos adelante.

—Claro que saldremos. El trago es por el futuro.

—Por la salud del Juan Pablo.

—A su salud.

Lo miraba sufrir, abría la boca como la Kitty, aterrada por la crueldad del mundo, no me salían las palabras, la tierra giraba de otro modo, las paredes se movían, no tenía refugio. Lo peor de todo era mi trabajo, inauguraciones, entrevistas, exposiciones, poner cara de interés, anotar nombres, hacer preguntas, recibir respuestas que olvidaba anotar. Fingir que estaba ahí.

Le hablé a mi jefa, la Marisa, para pedirle que me perdonara, que me diera permiso sin sueldo, lo que fuera, no podía ir a las fiestas, los eventos de costumbre, que la situación era complicada. Fue amorosa. Me dio consejos.

—Tienes que tranquilizarte. El Martín es el padre, él verá lo que hace. Y la Mónica. Imagí-

nate si tú te angustias tanto como ellos. Terrible. Alguien tiene que mantener la calma para ayudar a los otros llegado el caso, que ni Dios quiera.

–El Martín adora a ese niño.

–Por supuesto, pues, tiene que adorarlo –al decirlo se mira las uñas como si tratara de ocultarme su mirada, como si hubiera un secreto que yo debería saber. Ideas mías.

–¿Conoces a la Mónica?

–Por supuesto. Ella hacía tu trabajo, antes de que tú llegaras. Se retiró cuando nació el Juan Pablo, justamente. Encontró pega en la agencia de viajes de la Pola Marambio, ganaba más y lo aceptó, ni tonta. Sin contar que no quería volver a saber del Rollo, ya sabrás que eran amantes, me imagino. El... –vuelta a las uñas, al lápiz pasta, a ordenar papeles–, bueno, mejor que te lo cuente yo a que lo sepas por otra, se enamoró de mí. Eso decía. Esto fue hace trece años, o catorce, la Mónica me dijo cosas espantosas, después de que habíamos sido tan amigas, imagínate, ésa hablándome de lealtad, la fresca, cuando le estaba poniendo los cuernos al Martín desde hacía un año. Pero yo tenía una calentura con el Rollo, nada más, al mes dejó de interesarme. Y mujer que se acuesta con él queda embarazada. En el momento en que me nombraban jefe de la sección, después de tantos sacri-

ficios, ni loca me arriesgaba, tú comprendes. Y es muy bueno en lo que hace, ya te imaginarás a lo que me refiero, pero no se puede hablar con él de nada. Es tan tonto, Dios mío, tan creído. Impermeable al mundo, de lo único que sabe y habla es de ropa, de la moda, de que los pantalones vienen así o asá de anchos, que todo viene en beige y cosas por el estilo, bueno, tú lo conoces, a mediados del año pasado estuviste a punto de caer, no me digas que no, era notorio. Está bien para un rato, pero después te aburres. ¿Sabes la última que andan diciendo del Rollo? Que es el hombre ideal para una lesbiana. Un chiste podrido de machista, ¿no hallas?

Lo tuve que pensar un rato. Las lesbianas tienen mentes masculinas, el Rollo es tonto, sería una pareja al revés. Una pareja normal sería un hombre inteligente que anda con una tonta.

–Podrido de machista –le confirmo.

Le digo al Martín que quiero conocer a Juan Pablo. Iremos juntos a la clínica en la tarde, antes de que llegue la Mónica. Enseguida me arrepiento, es una morbosidad, ganas de descubrir, en el niño, los rasgos del Rollo. ¿Qué gano yo con eso? De todos modos no tendría la certeza.

No me vine con el Martín sólo para que me diera hijos, me gusta él. Me lo repito demasiado, ni yo me creo, aunque es la verdad. Hay rincones dentro de mí que desconozco. Trato de

alumbrarlos, botar las porquerías de las cajas arrumbadas, sacar las telarañas, hacer una limpieza general, quizás encuentre una caja con monedas.

El niño no se parece a nadie. Tal vez porque está un poco hinchado, tiene retención de líquido, ése es el peligro, si los riñones dejan de funcionar, los pulmones se llenan de agua y se ahoga.

Me detengo en la puerta de la pieza, no quiero entrar, no puedo, el Martín se acerca a Juan Pablo, que le sonrío. Se hablan en murmullos, el niño me mira, me saluda con los dedos de la mano izquierda. Yo le contesto de la misma forma. Su padre le habla, los ojos de los dos están brillantes, se dan valor el uno al otro.

Ese es el padre, ese es el hijo, lo demás son historias de la gente.

La Mónica llega antes de lo esperado. Está mejor vestida porque viene del trabajo. Muy maquillada, se tapa las ojeras con una base casi blanca, qué ganas de ser amigas y poder decirle que es un truco demasiado evidente, que mejor no lo haga, se ve más joven con la cara lavada. Me saluda, ni fría ni caliente, no es un misterio que le da lo mismo, de alguna manera aprecia

que no me haya instalado adentro de la pieza. Se acerca a su hijo, me retiro otro poco. Se saludan con besos. Se dicen cosas que no alcanzo a oír. El niño asiente.

En su cara no hay rastros del Martín, ni del Rollo, tiene los párpados hinchados, cara de chinito, el pelo muy corto, rubio, como el de su madre.

El Martín se despide, le tiro un beso a Juan Pablo, él mueve los dedos de la mano izquierda. Un gesto cortés para la Mónica, es extraño, no hay sonidos. Qué suerte, por fin nos vamos lejos.

Martín me cuenta que habló con un amigo que es corredor de propiedades, como todavía le falta mucho para pagar el departamento sólo le puede sacar los dieciséis millones que ha invertido, si anda con suerte, pero con eso queda sin problemas. El mismo amigo le promete conseguirle un departamento chico por ciento cincuenta mil de arriendo, lo malo es que no tiene vista y que al lado están construyendo un edificio, pero que es de primera. Me echo a llorar y me consuela, lo importante es estar juntos.

Mi impulso natural es decirle que yo le compro el departamento y así seguir viviendo

como ahora. Pero no. De mi parte me quedan cinco y medio, lo otro es de mi madre, no me alcanza. Eso es falso, la verdad, porque mi madre ni sabe lo que tengo, le mando doscientos cincuenta mil al mes y ahorra la mitad. Me escribe que no le mande tanto. Pero, de todos modos, no puedo usar su parte. Sería una estafa. No sé si sería estafa, ni entiendo qué es lo que me detiene. Antes yo no era así, no tenía dudas.

Como si fuera poca tanta mala suerte, Osvaldo dice que el señor Carreño vino a ver a la Kitty y le encontró un tumor en el codo de la pata enferma, que le puso un par de inyecciones y por eso está tan bien, por el momento, que no tiene dolores.

Anoche la bañó para limpiarla, andaba con mal olor, ya no se limpia casi nada.

—Gata cochina, ya no se puede ser tan preciosa como usted —la hermosa se traga sus rebanadas de jamón como si estuviera hambreada, insaciable, se le achican los ojos cuando come, me mira como si yo fuera una rotisería andante, a la expectativa de nuevas dádivas—. Coja que come, no muere —a mi ex y a mi actual no se les mueve un músculo. Me encontrarán desatinada, como si la Kitty me entendiera. Par de fomes.

Oswaldo está resentido, se le nota en todo lo que dice.

-El año está empezando y ya estoy cansado. Lateado, mejor dicho.

-Bueno, ¿y esa niña tan alta que nos ibas a presentar?

-Pasó a la historia.

-Un solo verano de felicidad.

-Sí, pero no fue con ella.

-Cuenta, cuenta.

-No es interesante. ¿Cómo está Juan Pablo?

-Dentro de su gravedad, estable.

-¿No pueden operarlo?

-Todavía tienen esperanzas de solucionarlo con medicamentos, están probando a ver qué pasa. La semana que viene se decide, eso dicen, es una historia que no acaba nunca.

-Esto te estará costando una fortuna.

-Más de lo que tengo. No tanto. Voy a quedar en cero, eso es más exacto. Voy a vender mi departamento.

-¿Y adónde te vas... se van a ir a vivir?

-Arrendaremos otro, cerca de Providencia.

-Esa parte es bonita.

-Y estamos cerca del Metro, por si tengo que vender el auto.

-Meche, ¿qué te pasa?

-Estoy cansada.

Casi muerta. Molida por dentro. Lo único

que quiero es acostarme a dormir durante unos cien años. El lunes vuelvo al trabajo, ya está bueno de darle vueltas a lo mismo. Me arreglo lo mejor que puedo para reportear el cóctel de una exposición de fotos de un amigo del Rollo, la gente es la misma de siempre, gerentes de banco, artistas plásticos, gente de teatro, niñas bonitas más jóvenes pero iguales a las del año pasado. Cumplida la labor me siento, el Rollo se me instala al lado en plan de conquista, debe andar botado. Me hace reír con sus pelambres, no deja nada bueno, se burla de los ternos, las corbatas, los peinados enmarañados le revuelven el estómago, lo mismo los pañuelos al hombro, su blanco preferido es una vieja que anda con un traje Chanel con cadenas doradas, el colmo de lo antiguo. Les pone sobrenombres. Piensa que están todos detenidos en el tiempo, en sus años felices, y no quieren reconocer que han envejecido.

—En cambio tú... —me mira, con sonrisa turbia.

—En cambio yo... —le miro los labios, mi sonrisa tampoco es limpia.

—...mejoras cada día.

—Deberías escribir esas frases tan originales.

—Las escribo. Después las memorizo para poder hablarte de corrido. Me pones muy nervioso. Siempre parece que me estuvieras to-

mando un examen de capacidad intelectual, una cuestión de esa onda, como que me vas a poner nota en algo.

-A lo mejor es cierto.

-Hay sólo una materia en la cual soy sobresaliente.

-En el cuidado de tu pelo.

-Si quieres me lo suelto.

-¿Aquí, en público?

-Donde tú quieras.

-¿Qué diría tu pareja?

-Lo mismo que la tuya.

Me quedo mirándolo, lo veo como mi salvador. El me haría olvidar el rencor, las enfermedades, todas mis dudas. Podría ser el padre de mis hijos.

Le toco el pelo. Se lo suelto. Sonríe con dulzura. Como Osvaldo. Sonríe como Osvaldo, el estúpido. Tengo un bloqueo mental. Me pongo seria y le devuelvo el elástico.

-Te queda mejor el pelo tirante.

-¿Tú encuentras? -deja de sonreír.

-Sí. ¿En qué estábamos? -se demora en contestar.

-Estábamos hablando mal de la gente.

-Total, ellos estarán hablando mal de nosotros.

-Seguramente.

Martín está sacando cuentas, me pregunta que por qué llegué tan tarde, estaba preocupado. Me siento frente a él y le tomo una mano, le digo que he hablado con mi madre, que puedo conseguir, adelantada, parte de mi herencia, doce millones, que se los entrego, son suyos, también, como todo lo mío. Sus ojos verdes se disuelven.

No puede aceptar. No podemos volver a tocar el tema.

Le digo que le compro el departamento, que vivirá conmigo, da lo mismo quién es el dueño, no quiero más cambios porque me duelen, en eso soy como la Kitty. Me acostumbré a estas paredes limpias, yo, la sucia. Me vestiré de blanco, me vestiré de blanco, me teñiré por dentro.

OCHO

LA GABY QUIERE que nos casemos. No me decido. De veras. Se muere de rabia con mis dudas. Ya no sé cómo decirle que la verdad es que no quiero. Las razones son miles, pero las más importantes sólo tres.

La primera: no puedo casarme sólo para demostrarle a la Meche que puedo hacer otra vida, posiblemente mejor, sin ella. Casarse por venganza es prehistórico. Pero ¡hay que ver que me tienta la idea de lanzarle la noticia!:

—Oye, Meche, fíjate que me caso con la Gabriela Legran Fernández, la hija del industrial ese supermillonario, el de la flota pesquera, el que está haciendo ese complejo turístico al sur de La Serena. Unica heredera, dejo de hacer clases, nos vamos a recorrer el mundo, ya era hora. A la vuelta me dedicaré a escribir mi ensayo sobre la literatura chilena posmoderna. Seguramente nos veremos en los cócteles, por ahí, de vez en cuando, bestia aborrecible.

La segunda: la Elisa. Ella no sabe de mis nuevas aventuras, ni tiene por qué saberlas. Nuestra relación es clara, igual de conveniente para los dos, aquí no hay nadie que se esté aprovechando, por mucho que todos dirían, si supieran, que soy un cómodo, un blando, que, fantástico, empleada para todo servicio, como en los chistes o las películas pornográficas, en que la empleada le lleva el desayuno al joven patrón, que está en pelotas en la cama, y que no alcanza a tomarse el jugo porque se dedica a otros menesteres.

No es tan fácil despedirla de algo por lo que no le pago. Despedirme de algo que me haría falta, seguro, porque es bueno para la siquis, para el cuerpo. Ya me tiene acostumbrado a practicar sus juegos, tan inocentes en el fondo, de niños en el campo, entre los árboles.

Esto me lleva a determinar que, de las tres, me quedo con la Meche.

Es la campeona en triscar por los prados. Lo malo es que no quiere, la reverenda puta.

La tercera: la Gaby. Es, ¿cómo decirlo?, no es que sea histérica, no tiene arrebatos de nervios, ni es variable, es como, supongo, hacerlo con una muñeca inflable. No participa de la experiencia en forma visible, pero parece que sí, porque, cuando uno cree que está muerta desde hace como un cuarto de hora, mira directo hacia

una lámpara, en forma lánguida, y le dice: Esto estuvo interesante.

Me descoloca, me liquida el sistema nervioso y sus alrededores. El primer día creí que había sido el fracaso de mi vida, pero desde entonces me persigue, insaciable, como la señorita Kitty a la hora de los tragos.

Me propone una vida que estaba fuera de mi alcance, bueno, el padre es rico, pero no se piensa morir dentro de los próximos cuarenta años. El viejo nos va a enterrar a todos, pero a mí primero, desgastado y con los nervios a la miseria.

No puedo imaginarme un encuentro entre la Elisa y la Gaby.

¿Qué podría pasar? Nada. Las dos mirarían hacia el lejano oriente, pensamientos insondables, a lo mejor me quedaría sin empleada y tendría que guardar la peluca para siempre.

Revolviendo a las tres saldría una mujer perfecta. ¿Cómo me atrevo a decir esto? Soy un pobre diablo. Doy tan poco a cambio de lo que recibo. Tengo dos amantes, debería pegarme con una piedra en el pecho, pero lo daría todo por recuperar a la traidora insensible, a esa presumida que no tiene ningún tacto, provinciana siútica metida a gente, arribista caliente, requete yegua, incomprensible estúpida, rastrera infame, mujer torpe, puta calculadora, desfasada del

mundo, no sabe lo que es bueno. Hazme el favor de irte por unos dos años a la mierda.

En este sábado, tan absurdo como los anteriores, vienen transformados. Martín se cortó el pelo, se ve mucho más joven, a la Meche no le hizo ni una gracia, pero se ríe. Es que, el lunes que viene, Juan Pablo sale de la clínica, fuera de peligro, ahora sí que es cierto que se recupera, dentro de tres semanas se levanta, cuatro, cuando mucho. Parece que se consiguieron un préstamo, esa parte es medio confusa, y no tendrán que vender el departamento. Se quedan donde mismo. Un sube y baja. La desgracia, ayer, ahora es el turno de la buena fortuna. Están dulces, comprensivos. Martín dice que me quieren, que ojalá les contara de mi vida, que no es una curiosidad malsana, que es que quisieran que me fuera regio.

Les cuento de la Gaby, lanzan gritos de entusiasmo. Les parece que es mucho, que es de película, que me paso de tonto si no me aprovecho de mi buena suerte. Se ve que no me entienden nada, pero no se puede explicar todo lo que uno siente, y menos ante los que son los culpables de mi quebrazón interna, del aluvión de barro y rocas que me aplasta.

Participo de las risas, les cuento que no todo lo que brilla es oro, que ella tiene problemas y no sé si tendré salud para aguantarlos.

—Por el camino se arregla la carga —dicen, casi hablan a dúo.

—Ya ves, para nosotros la cosa no ha sido fácil, pero, ahora, ya pasó lo peor. Salimos adelante.

Yo sonrío, bastante convincente para ser tan de mentira, y me trago mi propia mierda.

Un traguito para celebrar los cambios. Salud. Salú.

La salud de la señorita Kitty se deteriora a la vista de mis ojos. La dulce gata ya no siente alegría, ni curiosidad. En la noche se sube a la cama con dificultad, se cansa, se me acerca, se sube a la almohada, se restriega el hocico en mi cabeza con un ronroneo. Su único colmillo me raspa la piel en estos restregones pasionales. Me quedo quieto, me río, protesto, a veces lloro por otras cosas, pero también por su tristeza, por su lealtad inquebrantable. Entre todas las hembras que conozco, solamente ella nació para amarme en forma exclusiva. Un desencuentro lamentable.

—Su pasión es imposible, señorita Kitty, estoy enamorado de una vaca.

Nunca se ha sabido de un gato con sentido del humor. Me río solo con mis chistes malos.

Lo de Gaby se acabó en forma repentina. Quiso venir el mismo día que viene la Elisa y, claro, yo empecé con las objeciones.

-Tú me ocultas algo.

-Sí, tengo otra amante, se llama Kitty.

-Mira que simpático, por eso será que te he notado tan cansado.

-Ah, no. Eso es falso.

-Cansado y medio indiferente.

-Esto es genial. Tú lo haces con el piloto automático, parece que estuvieras pensando en otra cosa, y me dices que YO estoy indiferente.

-Bueno, el piloto, te diré, no tiene nada de automático, no sé quién te lo contó, pero, bueno, ya lo sabes. Y es capitán, capitán de vuelo, eso es más que piloto, se va a cada rato, a cada rato vuelve, es una historia antigua. A mí me parecía que eso había terminado, imagínate, no estoy para estar esperando a nadie, como estúpida, pero no, resulta que volvió, le tocan vacaciones. ¿Así que ahora me andas espiando?

-¿Cómo es posible? Oye, ¿tú te das cuenta de lo ridículo que es esto?

-No veo por qué va a ser diferente. Fue ridículo desde el comienzo.

-Ah, ¿sí? ¿Esa es autocrítica?

Ahora mira hacia la constelación del Minotauro, lejanas, lejanísimas estrellas, ajenas a la estupidez humana. Emite un sonido que recuerda vagamente a un karateca, abre su cartera, como para guardar algo. No mete ni saca nada. Cierra la cartera con una sonrisa que significa: "Punto final, cariño."

-No pensé que iba a ser así, tan gracioso. Pensé que iba a llorar. Me da la impresión de que es preferible en esta forma, ¿no te parece? Ya hay bastantes dramas en la televisión como para, además, tenerlos en la vida.

Yo la aplaudo. En serio, sin ruido, por supuesto; al fin y al cabo, estamos en un lugar público.

-No fue demasiado ridículo -le digo (adiós)-, solamente algunas veces.

-Por supuesto que no existe ningún piloto, Osvaldo. Te lo dije porque sí, no me iba a quedar callada. Siempre has pensado que soy idiota, pero ahora se te notó demasiado. No soy un genio, ni tú tampoco. En cualquier caso, no me conoces mucho y no parece que tengas demasiado interés, tampoco. Lo del piloto automático fue una grosería de tu parte, primera vez que eres vulgar conmigo. Supongamos que me lo

merezco. Y pensé que era más elegante si soy yo la que te deja. No sé. Me gustaría ser elegante de verdad, en cualquier sentido. No lo soy. No sé. ¿Sabes?, me gustabas.

Sale. Camina, mirando, da la impresión, algo movedizo.

Vulgar. Grosero. En eso he terminado. Es curioso lo que siento, una mezcla de fracaso total y de total relajación. Si tuviera que ponerme alguna nota, yo diría que un cuatro.

Cumplo mi promesa con la Meche. Cada vez que llamo al señor Carreño para que venga a ver a la señorita Kitty, le aviso. Casi llegan juntos, ella unos minutos antes. Le explico que la gata está inapetente, ésa es la señal de alarma, que ya empecé con las clases y no quiero que se enferme, estando sola. Ahora duerme. La Meche está muy pálida, tranquila, es como mejor se ha visto, que yo recuerde. Como una luz interna.

—¿Te digo una cosa, Osvaldo? —le hace cariño a una señorita Kitty totalmente indiferente a sus caricias—. Creo que estoy embarazada.

Claro, ahora estará contenta. Yo creo que hace frío.

El encantador veterinario llega y le toma la temperatura a la señorita Kitty, nosotros nos

comportamos como padres, yo ayudo a sujetarla, la Meche le dice frases dulces que la calman.

Suena el timbre. Ella corre a abrir la puerta. Es Martín. Se besan. Le dice que se siente, un ratito y termina.

Al mirar el termómetro, el señor Carreño se demuda. Treinta y nueve y medio. Le revisa el codo, la gata gime. La situación es ésta:

—Tiene pus en el codo, habría que hacerle una punción para que bote materia. Dejarla en la tina de baño, por ejemplo, con papeles, con toallas, por un tiempo. No es posible operarla por la edad que tiene, se iría en la anestesia.

Veo a la señorita Kitty, aterrada, en la tina de baño, revolcándose en la pus, mejor matarla, matarla rápido. Ahora, de inmediato.

—Si lo hace, doctor, ¿se salva? —quiere saber la Meche.

—Eso es más que difícil, imposible. Viviría una semana, dos.

Abrazo a la señorita Kitty, no me controlo. Oigo los gritos de la Meche. Martín aparece en la puerta del dormitorio, asustado, trata de calmarla, ella lo rechaza. Está muy incómodo, sospecha lo que pasa, pero no participa, no puede, ¿cómo?, todo lo que diga, sobra.

—Pero ahora no, por favor. No la mates ahora. ¡Mejor mañana! —me remece, descontrolada.

—Ahora, al tiro —grito yo, en un tono agudo—. No puedo estar toda la noche pensando que mañana la mato. Perdón, señor Carreño, ¡es tan tonto llorar en esta forma por un gato!

La Meche llora tanto que no la reconozco, sale y le grita a Martín que, por favor, la espere abajo. Por favor. Sí, que, por favor, se vaya. Yo acuno a la Kitty, quiero recordar su olor. El señor Carreño ya conoce estos balbuceos, las frases inconclusas, el llanto de los asesinos.

—Es natural encariñarse —dice, buscando la inyección definitiva en su maletín oscuro—, si no, no vale la pena tener un regalón.

Me parece que no es posible sufrir tanto.

—Yo te pido que me la dejes a mí, quiero acompañarla —dice, algo así, la Meche, la cara roja, mojada, los ojos fijos, entre sus gemidos.

—No, no —le digo yo—, la señorita Kitty es mía. Lo que me queda —le entierro un puñal, es cierto, pero el puñal me atraviesa a mí, más que a ella, o tanto como a ella. Se queda mirándome, irreconocible, empapada por un dolor intenso, por primera vez incomprendida.

Llevo en brazos el cuerpo tibiecito, tan cariñoso, tan amigo, entregado a su suerte, ¿qué le puede pasar de malo si está conmigo? El señor Carreño me dice que mejor salga del baño. Lo único que pienso es “Claro, no hay espacio. Este baño es muy chico.” Salgo. Se cierra la puerta.

La Meche mueve las manos al mismo tiempo, en forma inconsciente, como si quisiera golpear algo suavemente, produce ruidos parecidos a los míos, no pestañea, como si estuviera loca. No tenemos nada a que agarrarnos.

El señor Carreño sale.

—Ya está dormida.

La Meche se sienta. Yo entro al baño, la señorita Kitty está tendida sobre unos diarios, no sé de dónde salieron, a lo mejor yo mismo los traje. Claro, si no, ¿cómo? La levanto, tiene el cuello tan blando, la cabeza pesada, los ojos abiertos, las pupilas tan dilatadas como en sus miradas de amor nocturnas. Ahora es una muñeca para siempre.

Mientras le hago el cheque al señor Carreño, que tampoco se esperaba esta tragedia, entre mis disculpas por el llanto excesivo y sus frases de comprensión —hasta me cobra muy barato—, sigo llorando, lo que casi me impide ver lo que escribo, la Meche me pasa pañuelos de papel, trae una caja de cartón, al fondo un papel blanco para envolver regalos, pone a la gata en su ataúd de juguete.

Ahora tenemos el problema de enterrarla, el señor Carreño se ofrece para eso, la Meche no quiere.

–Mañana te vengo a buscar temprano, yo sé dónde llevarla.

–Ha sido mejor así, no sienta culpa –dice el señor Carreño–. No sufrió nada. No había otra salida.

Miro a la Meche, ella se sacude, como con tercianas, tratando de sonreír para consolarme. Se demora en salir. Hay largas despedidas sin palabras.

Me quedo abandonado, con la caja.

Ahora sí que es cierto que estoy solo.

Abro las ventanas, los cajones, los closets, camino en el pantano, un paso en falso basta para pasar al otro mundo.

Leo las viejas historietas. Casi nunca aparecen gatos. Son malos. Asustan al buen perro de Anita, la huerfanita, esa tonta suertuda de ojos muertos, desclasada, arribista. Los perros son los buenos, esos chupamedias asquerosos, tal para cual. Claro, son honrados, se ganan su ración haciendo gracias. Los gatos aparecen acompañando a brujas, a mujeres perversas que usan trajes negros ajustados y que fuman incansablemente. Tendré que repensar el mundo. Tal vez los malos no son los malos de la historia.

Lo extraño de esto es que yo he sido un perro, mentalmente, la señorita Kitty fue más libre que yo, aunque no salió más de dos veces del departamento, no exagero. Era una analfabeta, celosa, floja, inútil, golosa, traidora, interesada, engreída, cruel, independiente, de raza indefinida, incapaz de aprender algo, todo el mundo sabe que los gatos tienen un bajo coeficiente intelectual, pero ¿por qué viven tan poco tiempo esos malditos animales?

Era la dueña de casa, yo era su invitado preferido, así eran las cosas.

Aquí hay algo. Al fin se hace justicia.

La Gatita Princesa. Por Ed. Anthony y Ruth CarroII.

En el primer cuadro ella va por un camino, en el campo, es una gata blanca con corona y aros pequeñitos, pero refulgentes, moños en los hombros, traje siglo diecisiete, con mucha cola de tela floreada, acompañada por un gato que usa una armadura medieval. Miro los dibujos, no me interesa lo que dicen.

Pasó algo absurdo, se quemó la ampolleta del baño. Me quedé, en la oscuridad, parado sobre las baldosas donde hacía tan poco había muerto la más hermosa de las gatas. Sentí que entraba un viento, el ruido de la lluvia, pensé que eran señales de la señorita Kitty, bromitas que hacía desde el otro mundo, la princesa, a su caballero desprovisto de armadura, recados, para decirme que, a pesar de todo, estaba conmigo, todavía. Dentro de mí, eso es lo más probable. Como en las historias de amor antiguas, pasamos a ser uno.

A las siete de la mañana llega la Meche a buscarnos. Yo estoy listo. Bajamos con la caja que no he vuelto a mirar. La pongo en el asiento trasero del auto del Martín. Vamos al centro de Santiago, al cerro Santa Lucía, el parque vertical enorme.

Bajamos apenas vemos a un empleado que barre las hojas que empiezan a caer en este tiempo. La Meche le habla, le pasa plata, el hombre asiente. Nos indica un rincón bellissimo, a los pies de una estatua. Se apresura a hacer un hoyo, es tierra blanda. Los tres escarbamos con las manos, apurados, estamos haciendo algo ilegal, se supone, si nos descubren despiden al

pobre barrendero. No es un hoyo profundo, casi medio metro.

Abrimos la caja, la señorita Kitty duerme, enroscada. Está más liviana, terminó siendo un objeto delicado. La acostamos en la tierra, la cubrimos. Lo último que le alcanzo a ver es una oreja que parece viva, atenta al ruido del hielo en los vasos.

Ya está hecho. Ya no hay nada que decirse. No lloramos, por supuesto. Los dos sabemos bien de qué se trata.

Ahora que me acuerdo, dentro de un momento tengo clases.

Frágil, la memoria.

(Premio Casa de las Américas). Varias de ellas han sido representadas en España, Venezuela, Perú, Costa Rica, Uruguay y Estados Unidos (en Chicago, Cleveland y otras ciudades).

Es autor también de una abundante producción dramática para niños y de guiones y miniseries para televisión.

Fundador, junto con Bélgica Castro y otros actores, del Teatro del Angel, se instala con el grupo en San José, Costa Rica en 1974, donde desarrolla una fecunda labor. Regresa a Chile diez años después.

Desde 1990 es miembro de la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile, y en la actualidad dirige un Taller de Guiones de cine y TV en la Escuela de Periodismo de la Universidad Arcis.

Numerosas obras suyas han sido publicadas en revistas (*Apuntes, Escenario, Mapocho, Cuadernos de teatro, Modern International Drama*) y antologías, y las principales, recogidas en media docena de volúmenes aparecidos en Santiago (Chile), La Habana (Cuba), San José (Costa Rica) y en Oshkosh, Wisconsin (Estados Unidos).

La señorita Kitty es su primera novela, el comienzo de un viraje en su trabajo literario que se anuncia sorprendentemente promisorio y fecundo.



«Tarzán se enfrenta con la Reina de las Amazonas, que lo quiere para ella. "¡No!", dice otra amazona, "no puedes tenerlo, a menos que lo conquistes en una pelea limpia". "Bien, lucharé", exclama la enorme mujer. "¡Y lo poseeré!" (no deje de leer los próximos capítulos)».

Oswaldo, profesor universitario, revive las fantasías de los cómics de su infancia y delira a veces con lo imposible: mezclar esposa y amantes y obtener "la mujer perfecta". La sensual y pragmática Mercedes, por su parte, no cree en fantasmas, no le teme al adulterio y tampoco a la separación. En medio de este escenario, presidiéndolo, un tótem viviente: una bella gata caprichosa y posesiva.

La señorita Kitty es una novela lúcida, irónica, notablemente amena, regocijante y amarga, sobre los avatares de una pareja que no nos es ajena: un marido acaso excesivamente civilizado y una esposa que se las sabe todas.

